

A watercolor illustration of a hand holding a fan. The fan is light-colored with a floral pattern. The hand is rendered in soft, blended colors. The background is a mix of light and dark tones, suggesting a draped fabric or a shadowed surface. The overall style is delicate and artistic.

Oscar Wilde

El abanico de
Lady Windermere

E LEJANDRIA



Oscar Wilde

El abanico de
Lady Windermere

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL ABANICO DE LADY WINDERMERE

OSCAR WILDE

PUBLICADO: 1892

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: METHUEN AND Co. LTD EDITION, 1917

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL ABANICO DE LADY WINDERMERE

LOS PERSONAJES DE LA OBRA

Lord Windermere

Lord Darlington

Lord Augustus Lorton

Sr. Dumby

Sr. Cecil Graham

Sr. Hopper

Parker, mayordomo

Lady Windermere

La duquesa de Berwick

Lady Agatha Carlisle

Lady Plymdale

Lady Stutfield

Lady Jedburgh

Sra. Cowper-Cowper

Sra. Erlynne

Rosalie, doncella

LAS ESCENAS DE LA OBRA

ACTO I. El gabinete de la casa de Lord Windermere.

ACTO II. El salón de la casa de Lord Windermere.

ACTO III. Los aposentos de Lord Darlington.

ACTO IV. El mismo escenario que el Acto I.

ÉPOCA: La actual.

LUGAR: Londres.

La acción de la obra transcurre en veinticuatro horas, comenzando un martes por la tarde a las cinco y finalizando al día siguiente a la una y media de la tarde.

LONDRES: ST. JAMES'S THEATRE

Arrendatario y Director: Sr. George Alexander

22 de febrero de 1892.

Lord Windermere, Sr. George Alexander.

Lord Darlington, Sr. Nutcombe Gould.

Lord Augustus Lorton, Sr. H. H. Vincent.

Sr. Cecil Graham, Sr. Ben Webster.

Sr. Dumby, Sr. Vane-Tempest.

Sr. Hopper, Sr. Alfred Holles.

Parker (Mayordomo), Sr. V. Sansbury.

Lady Windermere, Srta. Lily Hanbury.

La duquesa de Berwick, Srta. Fanny Coleman.

Lady Agatha Carlisle, Srta. Laura Graves.

Lady Plymdale, Srta. Granville.

Lady Jedburgh, Srta. B. Page.

Lady Stutfield, Srta. Madge Girdlestone.

Sra. Cowper-Cowper, Srta. A. de Winton.

Sra. Erlynne, Srta. Marion Terry.

Rosalie (Doncella), Srta. Winifred Dolan.

ACTO I

ESCENA:

Gabinete en la casa de Lord Windermere, en Carlton House Terrace. Puertas al centro y a la derecha. Un escritorio con libros y papeles a la derecha. Un sofá con una pequeña mesa de té a la izquierda. Ventanal que da a la terraza a la izquierda. Mesa a la derecha.

[LADY WINDERMERE está en la mesa de la derecha, arreglando rosas en un jarrón azul.]

[Entra PARKER.]

—PARKER. ¿Recibe su señoría esta tarde?

—LADY WINDERMERE. Sí... ¿quién ha venido?

—PARKER. Lord Darlington, milady.

—LADY WINDERMERE. [Vacila un momento.] Hágale subir... y recibo a todo el que venga.

—PARKER. Sí, milady.

[Sale por el centro.]

—LADY WINDERMERE. Es mejor que lo vea antes de esta noche. Me alegro de que haya venido.

[Entra PARKER por el centro.]

—PARKER. Lord Darlington.

[Entra LORD DARLINGTON por el centro.]

[Sale PARKER.]

—LORD DARLINGTON. ¿Cómo se encuentra, Lady Windermere?

—LADY WINDERMERE. ¿Cómo está usted, Lord Darlington? No, no puedo darle la mano. Las tengo completamente mojadas por estas rosas. ¿No son preciosas? Han llegado de Selby esta mañana.

—LORD DARLINGTON. Son absolutamente perfectas. [Ve un abanico sobre la mesa.] ¡Y qué abanico tan maravilloso! ¿Puedo verlo?

—LADY WINDERMERE. Por supuesto. ¡Bonito, ¿verdad?! Lleva mi nombre y todo. Acabo de verlo yo misma. Es el regalo de cumpleaños de mi marido. ¿Sabe que hoy es mi cumpleaños?

—LORD DARLINGTON. ¿No? ¿De veras?

—LADY WINDERMERE. Sí, hoy cumpla la mayoría de edad. Un día muy importante en mi vida, ¿no le parece? Por eso doy esta fiesta esta noche. Siéntese, por favor. [Sigue arreglando las flores.]

—LORD DARLINGTON. [Sentándose.] Ojalá hubiera sabido que era su cumpleaños, Lady Windermere. Habría cubierto toda la calle frente a su casa con flores para que usted caminara sobre ellas. Están hechas para usted. [Una breve pausa.]

—LADY WINDERMERE. Lord Darlington, anoche me molestó en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Y me temo que va a molestarme de nuevo.

—LORD DARLINGTON. ¿Yo, Lady Windermere?

[Entran PARKER y un LACAYO por el centro, con una bandeja y el servicio de té.]

—LADY WINDERMERE. Póngalo ahí, Parker. Así está bien. [Se seca las manos con su pañuelo, se acerca a la mesa de té y se sienta.] ¿No quiere acercarse, Lord Darlington?

[Sale PARKER por el centro.]

—LORD DARLINGTON. [Coge una silla y cruza hacia el centro izquierda.] Estoy desolado, Lady Windermere. Debe decirme qué hice. [Se sienta a la mesa a la izquierda.]

—LADY WINDERMERE. Bueno, se pasó toda la velada haciéndome cumplidos de lo más rebuscados.

—LORD DARLINGTON. [Sonriendo.] Ah, hoy en día todos andamos tan mal de dinero que lo único agradable que se puede ofrecer son cumplidos. Son lo único que podemos ofrecer.

—LADY WINDERMERE. [Negando con la cabeza.] No, hablo muy en serio. No debe reírse, lo digo de verdad. No me gustan los

cumplidos, y no entiendo por qué un hombre cree que complace enormemente a una mujer diciéndole un montón de cosas que no siente.

—LORD DARLINGTON. Ah, pero yo sí las sentía. [Coge el té que ella le ofrece.]

—LADY WINDERMERE. [Con gravedad.] Espero que no. Lamentaría tener que reñir con usted, Lord Darlington. Le aprecio mucho, usted lo sabe. Pero no le apreciaría en absoluto si pensara que es como la mayoría de los hombres. Créame, es usted mejor que la mayoría, y a veces pienso que finge ser peor.

—LORD DARLINGTON. Todos tenemos nuestras pequeñas vanidades, Lady Windermere.

—LADY WINDERMERE.2 ¿Y por qué hace de esa la suya en particular? [Sigue sentada a la mesa de la izquierda.]

—LORD DARLINGTON. [Sigue sentado en el centro izquierda.] Oh, hoy en día tanta gente engreída va por la vida presumiendo de ser buena, que creo que demuestra una disposición más bien dulce y modesta el presumir de ser malo. Además, cabe añadir algo. Si presumes de ser bueno, el mundo te toma muy en serio. Si presumes de ser malo, no. Tal es la asombrosa estupidez del optimismo.

—LADY WINDERMERE. ¿No quiere que el mundo le tome en serio, entonces, Lord Darlington?

—LORD DARLINGTON. No, el mundo no. ¿Quiénes son las personas que el mundo toma en serio? Toda la gente aburrida que a uno se le pueda ocurrir, desde los obispos hasta los pelmazos. Me gustaría que usted me tomara muy en serio, Lady Windermere, usted más que nadie en la vida.

—LADY WINDERMERE. ¿Por qué... por qué yo?

—LORD DARLINGTON. [Tras una ligera vacilación.] Porque creo que podríamos ser grandes amigos. Seámoslo. Puede que algún día necesite un amigo.

—LADY WINDERMERE. ¿Por qué dice eso?

—LORD DARLINGTON. ¡Oh!... todos necesitamos amigos a veces.

—LADY WINDERMERE. Creo que ya somos muy buenos amigos, Lord Darlington. Y siempre podremos seguir siéndolo, mientras usted no...

—LORD DARLINGTON. ¿No qué?

—LADY WINDERMERE. No lo estropee diciéndome cosas extravagantes y tontas. Supongo que me considera una puritana, ¿no es así? Pues bien, tengo algo de puritana. Me educaron así. Y me alegro de ello. Mi madre murió cuando yo era apenas una niña. Viví siempre con Lady Julia, la hermana mayor de mi padre, sabe usted. Fue severa conmigo, pero me enseñó lo que el mundo está olvidando: la diferencia que existe entre lo que está bien y lo que está mal. Ella no admitía concesiones. Yo no admito ninguna.

—LORD DARLINGTON. ¡Mi querida Lady Windermere!

—LADY WINDERMERE. [Reclinándose en el sofá.] Usted me considera una anticuada. ¡Pues lo soy! Lamentaría estar al mismo nivel que una época como esta.

—LORD DARLINGTON. ¿Cree que esta época es muy mala?

—LADY WINDERMERE. Sí. Hoy en día la gente parece considerar la vida como una especulación. No es una especulación. Es un sacramento. Su ideal es el Amor. Su purificación es el sacrificio.³

—LORD DARLINGTON. [Sonriendo.] ¡Oh,⁴ cualquier cosa es mejor que ser sacrificado!

—LADY WINDERMERE. [Inclinándose hacia delante.] No diga eso.

—LORD DARLINGTON. Lo digo. Lo siento... lo sé.

[Entra PARKER por el centro.]

—PARKER. Los criados quieren saber si deben poner las alfombras en la terraza para esta noche, milady.

—LADY WINDERMERE. No cree que llueva, Lord Darlington, ¿verdad?

—LORD DARLINGTON. ¡No permitiré que llueva el día de su cumpleaños!

—LADY WINDERMERE. Dígales que lo hagan ahora mismo, Parker.
[Sale PARKER por el centro.]

—LORD DARLINGTON. [Aún sentado.] ¿Cree usted entonces —por supuesto, solo planteo un caso imaginario—, cree que en el caso de una joven pareja casada, digamos que llevan unos dos años de matrimonio, si el marido de repente se convierte en amigo íntimo de una mujer de... bueno, de reputación más que dudosa... la visita constantemente, almuerza con ella y probablemente paga sus facturas... cree usted que la esposa no debería consolarse?

—LADY WINDERMERE. [Frunciendo el ceño.] ¿Consolarse?

—LORD DARLINGTON. Sí, creo que debería... creo que tiene derecho.

—LADY WINDERMERE. Porque el marido sea infame... ¿debería la esposa serlo también?

—LORD DARLINGTON. Infamia es una palabra terrible, Lady Windermere.

—LADY WINDERMERE. Es una cosa terrible, Lord Darlington.

—LORD DARLINGTON. ¿Sabe que me temo que la gente buena hace mucho daño en este mundo? Ciertamente, el mayor daño que hacen es que conceden a la maldad una importancia extraordinaria. Es absurdo dividir a la gente en buena y mala. La gente es o encantadora o tediosa. Yo me pongo del lado de los encantadores y usted, Lady Windermere, no puede evitar pertenecer a ellos.

—LADY WINDERMERE. Vamos, Lord Darlington. [Levantándose y cruzando a la derecha, por delante de él.] No se mueva, solo voy a terminar con mis flores. [Va a la mesa del centro derecha.]

—LORD DARLINGTON. [Levantándose y moviendo la silla.] Y debo decir que me parece usted muy dura con la vida moderna, Lady Windermere. Por supuesto que hay mucho en su contra, lo admito. La mayoría de las mujeres, por ejemplo, hoy en día, son bastante mercenarias.

—LADY WINDERMERE. No hable de esa gente.

—LORD DARLINGTON. Bien, entonces, dejando a un lado a la gente mercenaria, que, por supuesto, es espantosa, ¿cree usted seriamente que las mujeres que han cometido lo que el mundo llama una falta nunca deberían ser perdonadas?

—LADY WINDERMERE. [De pie junto a la mesa.] Creo que nunca deberían ser perdonadas.

—LORD DARLINGTON. ¿Y los hombres? ¿Cree que debería haber las mismas leyes para los hombres que para las mujeres?

—LADY WINDERMERE. ¡Por supuesto!

—LORD DARLINGTON. Creo que la vida es algo demasiado complejo para dirimirse con esas reglas tan estrictas.

—LADY WINDERMERE. Si tuviéramos «esas reglas tan estrictas», encontraríamos la vida mucho más sencilla.

—LORD DARLINGTON. ¿No admite excepciones?

—LADY WINDERMERE. ¡Ninguna!

—LORD DARLINGTON. ¡Ah, qué puritana tan fascinante es usted, Lady Windermere!

—LADY WINDERMERE. El adjetivo era innecesario, Lord Darlington.

—LORD DARLINGTON. No he podido evitarlo. Puedo resistirlo todo, excepto la tentación.

—LADY WINDERMERE. Tiene usted la afectación moderna de la debilidad.

—LORD DARLINGTON. [Mirándola.] Es solo una afectación, Lady Windermere.

[Entra PARKER por el centro.]

—PARKER. La duquesa de Berwick y Lady Agatha Carlisle.

[Entran la DUQUESA DE BERWICK y LADY AGATHA CARLISLE por el centro.]

[Sale PARKER por el centro.]

—DUQUESA DE BERWICK. [Avanzando por el centro y estrechando la mano.] Querida Margaret, me alegro mucho de verla. Recuerda a Agatha, ¿verdad? [Cruzando al centro izquierda.] ¿Cómo está, Lord Darlington? No le presentaré a mi hija, es usted demasiado perverso.

—LORD DARLINGTON. No diga eso, duquesa. Como hombre perverso soy un completo fracaso. Vaya, hay muchísima gente que dice que nunca he hecho nada verdaderamente malo en todo el curso de mi vida. Por supuesto, solo lo dicen a mis espaldas.

—DUQUESA DE BERWICK. ¿No es espantoso? Agatha, este es Lord Darlington. Procura no creer ni una palabra de lo que dice. [LORD DARLINGTON cruza al centro derecha.] No, no, gracias, querida, no tomaré té. [Cruza y se sienta en el sofá.] Acabamos de tomar el té en casa de Lady Markby. Un té malísimo, además. Era imbebible. No me sorprendió en absoluto. Lo suministra su propio yerno. Agatha está deseando que llegue su baile de esta noche, querida Margaret.

—LADY WINDERMERE. [Sentada en el centro izquierda.] Oh, no debe pensar que va a ser un baile, duquesa. Es solo una fiesta en honor a mi cumpleaños. Algo íntimo y temprano.

—LORD DARLINGTON. [De pie en el centro izquierda.] Muy íntimo, muy temprano y muy selecto, duquesa.

—DUQUESA DE BERWICK. [En el sofá a la izquierda.] Por supuesto que va a ser selecto. Pero eso ya lo sabemos, querida

Margaret, tratándose de su casa. Es realmente una de las pocas casas de Londres a las que puedo llevar a Agatha, y donde me siento perfectamente segura por el bueno de Berwick. No sé a dónde va a parar la sociedad. La gente más espantosa parece ir a todas partes. Desde luego, vienen a mis fiestas... los hombres se ponen hechos una furia si una no los invita. De verdad, alguien debería plantarse.

—LADY WINDERMERE. Yo lo haré, duquesa. No tendré a nadie en mi casa sobre quien pese el menor escándalo.

—LORD DARLINGTON. [Centro derecha.] ¡Oh, no diga eso, Lady Windermere! ¡A mí nunca me admitirían! [Sentándose.]

—DUQUESA DE BERWICK. Oh, los hombres no importan. Con las mujeres es diferente. Nosotras somos buenas. Algunas de nosotras, al menos. Pero nos están arrinconando a codazos. Nuestros maridos se olvidarían de nuestra existencia si no les diéramos la lata de vez en cuando, solo para recordarles que tenemos todo el derecho legal a hacerlo.

—LORD DARLINGTON. Es curioso, duquesa, lo que ocurre con el juego del matrimonio —un juego que, por cierto, está pasando de moda—: las esposas tienen todos los honores e invariablemente pierden la baza decisiva.

—DUQUESA DE BERWICK. ¿La baza decisiva? ¿Se refiere al marido, Lord Darlington?

—LORD DARLINGTON. Sería un nombre bastante bueno para el marido moderno.

—DUQUESA DE BERWICK. ¡Mi querido Lord Darlington, qué absolutamente depravado es usted!

—LADY WINDERMERE. Lord Darlington es un trivial.

—LORD DARLINGTON. Ah, no diga eso, Lady Windermere.

—LADY WINDERMERE. ¿Por qué habla entonces de la vida con tanta trivialidad?

—LORD DARLINGTON. Porque creo que la vida es algo demasiado importante como para hablar de ella en serio. [Avanza hacia el centro.]

—DUQUESA DE BERWICK. ¿Qué quiere decir? Haga una concesión a mi pobre entendimiento, Lord Darlington, y explíqueme qué quiere decir realmente.

—LORD DARLINGTON. [Acercándose por detrás de la mesa.] Creo que será mejor que no lo haga, duquesa. Hoy en día, ser inteligible es ser descubierto. ¡Adiós! [Estrecha la mano de la DUQUESA.] Y ahora... [sube por el escenario] Lady Windermere, adiós. ¿Puedo venir esta noche, verdad? Permítame venir.

—LADY WINDERMERE. [De pie en el fondo del escenario con LORD DARLINGTON.] Sí, por supuesto. Pero no debe decirle a la gente cosas tontas y poco sinceras.

—LORD DARLINGTON. [Sonriendo.] ¡Ah! Empieza usted a reformarme. Es peligroso reformar a alguien, Lady Windermere. [Hace una reverencia y sale por el centro.]

—DUQUESA DE BERWICK. [Que se ha levantado, va hacia el centro.] ¡Qué criatura tan encantadora y perversa! Me gusta tanto. ¡Estoy encantada de que se haya ido! ¡Qué guapa está usted! ¿Dónde compra sus vestidos? Y ahora debo decirle cuánto lo siento por usted, querida Margaret. [Cruza hacia el sofá y se sienta con LADY WINDERMERE.] ¡Agatha, cariño!

—LADY AGATHA. Sí, mamá. [Se levanta.]

—DUQUESA DE BERWICK. ¿Quieres ir a mirar el álbum de fotografías que veo allí?

—LADY AGATHA. Sí, mamá. [Va a la mesa del fondo a la izquierda.]

—DUQUESA DE BERWICK. ¡Pobre niña! Le encantan las fotografías de Suiza. Un gusto tan puro, creo yo. Pero de verdad que lo siento mucho por usted, Margaret.

—LADY WINDERMERE. [Sonriendo.] ¿Por qué, duquesa?

—DUQUESA DE BERWICK. Oh, por esa mujer horrenda. Viste tan bien, además, lo que lo hace mucho peor, da un ejemplo espantoso. Augustus —ya conoce a mi impresentable hermano—, una pesadilla para todos nosotros... bueno, pues Augustus está completamente encaprichado de ella. Es un verdadero escándalo, porque es absolutamente inadmisibile en sociedad. Muchas mujeres tienen un pasado, pero me han dicho que ella tiene al menos una docena, y que todos le cuadran.

—LADY WINDERMERE. ¿De quién está hablando, duquesa?

—DUQUESA DE BERWICK. De la señora Erlynne.

—LADY WINDERMERE. ¿La señora Erlynne? Nunca he oído hablar de ella, duquesa. ¿Y qué tiene que ver ella conmigo?

—DUQUESA DE BERWICK. ¡Pobre niña! ¡Agatha, cariño!

—LADY AGATHA. Sí, mamá.

—DUQUESA DE BERWICK. ¿Quieres salir a la terraza a ver la puesta de sol?

—LADY AGATHA. Sí, mamá. [Sale por el ventanal de la izquierda.]

—DUQUESA DE BERWICK. ¡Encantadora niña! ¡Tan devota de las puestas de sol! Demuestra un gran refinamiento de sentimientos, ¿no le parece? Después de todo, no hay nada como la Naturaleza, ¿verdad?

—LADY WINDERMERE. Pero, ¿qué ocurre, duquesa? ¿Por qué me habla de esa persona?

—DUQUESA DE BERWICK. ¿De verdad que no lo sabe? Le aseguro que todos estamos consternadísimos. Anoche mismo, en casa de la querida Lady Jansen, todo el mundo comentaba lo extraordinario que era que, de todos los hombres de Londres, fuera Windermere quien se comportara de esa manera.

—LADY WINDERMERE. Mi marido... ¿qué tiene él que ver con una mujer de esa clase?

—DUQUESA DE BERWICK. Ah, ¿qué tiene que ver, querida? Esa es la cuestión. Va a verla continuamente, y se queda horas enteras, y mientras él está allí, ella no recibe a nadie. No es que la visiten muchas damas, querida, pero tiene muchos amigos de reputación dudosa —mi propio hermano en particular, como le dije—, y eso es lo que hace que lo de Windermere sea tan terrible. Lo considerábamos un marido modelo, pero me temo que no hay duda al respecto. Mis queridas sobrinas —¿conoce a las chicas Saville, verdad?—, unas criaturas tan hogareñas... feas, espantosamente feas, pero tan buenas... bueno, pues siempre están en la ventana haciendo labores y confeccionando cosas horrendas para los pobres, lo que me parece muy útil por su parte en estos terribles días socialistas, y esta mujer espantosa ha alquilado una casa en Curzon Street, justo enfrente de ellas... ¡una calle tan respetable, además! ¡No sé a dónde vamos a parar! Y me dicen que Windermere va allí cuatro y cinco veces por semana... ellas lo ven. No pueden evitarlo... y aunque nunca cuentan chismes, ellas... bueno, por supuesto... se lo comentan a todo el mundo. Y lo peor de todo es que me han dicho que esta mujer ha sacado una gran cantidad de dinero a alguien, porque parece que llegó a Londres hace seis meses sin nada digno de mención, y ahora tiene esta encantadora casa en Mayfair, pasea con sus ponis por el parque todas las tardes y todo... bueno, todo... desde que conoce al pobre querido Windermere.

—LADY WINDERMERE. ¡Oh, no puedo creerlo!

—DUQUESA DE BERWICK. Pero es completamente cierto, querida. Todo Londres lo sabe. Por eso sentí que era mejor venir a hablar con usted y aconsejarle que se lleve a Windermere de inmediato a Homburg o a Aix, donde tendrá algo con que entretenerse y donde podrá vigilarlo todo el día. Le aseguro, querida, que en varias ocasiones, después de casarme, tuve que fingir estar muy enferma y me vi obligada a beber las aguas minerales más desagradables, simplemente para sacar a Berwick de la ciudad. Era extremadamente susceptible. Aunque debo decir que nunca le dio grandes sumas de dinero a nadie. ¡Es demasiado recto para eso!

—LADY WINDERMERE. [Interrumpiendo.] ¡Duquesa, duquesa, es imposible! [Levantándose y cruzando el escenario hacia el centro.] Solo llevamos dos años casados. Nuestro hijo apenas tiene seis meses. [Se sienta en la silla a la derecha de la mesa de la izquierda.]

—DUQUESA DE BERWICK. ¡Ah, el querido y precioso bebé! ¿Cómo está el pequeño tesoro? ¿Es niño o niña? Espero que sea niña... Ah, no, ¡recuerdo que es un niño! Lo siento mucho. Los niños son tan perversos. Mi hijo es excesivamente inmoral. No creería a qué horas llega a casa. Y solo hace unos meses que dejó Oxford... de verdad que no sé qué les enseñan allí.

—LADY WINDERMERE. ¿Son todos los hombres malos?

—DUQUESA DE BERWICK. Oh, todos, querida, todos sin excepción. Y nunca mejoran. Los hombres envejecen, pero nunca se vuelven buenos.

—LADY WINDERMERE. Windermere y yo nos casamos por amor.

—DUQUESA DE BERWICK. Sí, así empezamos todas. Solo las brutales e incesantes amenazas de suicidio de Berwick me hicieron aceptarlo, y antes de que acabara el año, ya andaba detrás de toda clase de faldas, de todos los colores, formas y tejidos. De hecho, antes de que terminara la luna de miel, lo sorprendí guiñándole un ojo a mi doncella, una chica muy guapa y respetable. La despedí de inmediato sin referencias... No, recuerdo que se la pasé a mi hermana; el pobre Sir George es tan corto de vista que pensé que no importaría. Pero sí que importó... fue de lo más desafortunado. [Se levanta.] Y ahora, mi niña, debo irme, que cenamos fuera. Y procure no tomarse demasiado a pecho esta pequeña aberración de Windermere. Lléveselo al extranjero y volverá a usted como si nada.

—LADY WINDERMERE. ¿Volver a mí? [Centro.]

—DUQUESA DE BERWICK. [Centro izquierda.] Sí, querida, estas mujeres malvadas nos quitan a nuestros maridos, pero siempre vuelven, un poco dañados, por supuesto. ¡Y no monte escenas, los hombres las odian!

—LADY WINDERMERE. Es muy amable por su parte, duquesa, venir a contarme todo esto. Pero no puedo creer que mi marido me sea infiel.

—DUQUESA DE BERWICK. ¡Pobre niña! Yo también fui así. Ahora sé que todos los hombres son monstruos. [LADY WINDERMERE toca la campanilla.] Lo único que se puede hacer es alimentar bien a esos desgraciados. Una buena cocinera hace maravillas, y sé que usted la tiene. Mi querida Margaret, ¿no irá a llorar?

—LADY WINDERMERE. No tema, duquesa, nunca lloro.

—DUQUESA DE BERWICK. Así se hace, querida. El llanto es el refugio de las mujeres feas, pero la ruina de las guapas. ¡Agatha, cariño!

—LADY AGATHA. [Entrando por la izquierda.] Sí, mamá. [Se queda detrás de la mesa del centro izquierda.]

—DUQUESA DE BERWICK. Ven a despedirte de Lady Windermere y a darle las gracias por tu encantadora visita. [Avanzando de nuevo.] Y, por cierto, debo agradecerle que le enviara una invitación al señor Hopper... ese joven australiano rico del que tanto se habla últimamente. Su padre hizo una gran fortuna vendiendo una especie de comida en latas redondas... muy sabrosa, según creo... me imagino que es lo que los criados siempre se niegan a comer. Pero el hijo es bastante interesante. Creo que le atrae la conversación inteligente de la querida Agatha. Por supuesto, sentiríamos mucho perderla, pero creo que una madre que no se desprende de una hija cada temporada no siente un verdadero afecto. Vendremos esta noche, querida. [PARKER abre las puertas del centro.] Y recuerde mi consejo, saque al pobre de la ciudad de inmediato, es lo único que se puede hacer. Adiós, una vez más; vamos, Agatha.

[Salen la DUQUESA y LADY AGATHA por el centro.]

—LADY WINDERMERE. ¡Qué horror! Ahora entiendo lo que Lord Darlington quería decir con el caso imaginario de la pareja que no llevaba ni dos años casada. ¡Oh! No puede ser verdad... habló de enormes sumas de dinero pagadas a esa mujer. Sé dónde guarda

Arthur su libro de cuentas... en uno de los cajones de ese escritorio. Podría averiguarlo por ahí. Lo voy a averiguar. [Abre un cajón.] No, es un error espantoso. [Se levanta y va al centro.] ¡Algún estúpido escándalo! ¡Él me ama! ¡Me ama! Pero, ¿por qué no debería mirar? ¡Soy su esposa, tengo derecho a mirar! [Vuelve al escritorio, saca un libro y lo examina página por página, sonrío y lanza un suspiro de alivio.] ¡Lo sabía! No hay ni una palabra de verdad en esta estúpida historia. [Vuelve a poner el libro en el cajón. Al hacerlo, se sobresalta y saca otro libro.] Un segundo libro... ¡privado... cerrado con llave! [Intenta abrirlo, pero no lo consigue. Ve un abrecartas en el escritorio y con él rasga la cubierta del libro. Empieza a sobresaltarse en la primera página.] «Sra. Erlynne... 600 libras... Sra. Erlynne... 700 libras... Sra. Erlynne... 400 libras». ¡Oh! ¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Qué horror! [Arroja el libro al suelo.]

[Entra LORD WINDERMERE por el centro.]

—LORD WINDERMERE. Bueno, querida, ¿ya han traído el abanico? [Avanzando al centro derecha. Ve el libro.] Margaret, has forzado mi libro de cuentas. ¡No tienes derecho a hacer tal cosa!

—LADY WINDERMERE. Cree que lo que está mal es que le hayan descubierto, ¿no es así?

—LORD WINDERMERE. Creo que está mal que una esposa espíe a su marido.

—LADY WINDERMERE. No le he espiado. No supe de la existencia de esa mujer hasta hace media hora. Alguien que se compadeció de mí tuvo la amabilidad de contarme lo que todo Londres ya sabe: ¡sus visitas diarias a Curzon Street, su loco encaprichamiento, las monstruosas sumas de dinero que derrocha en esa mujer infame! [Cruzando a la izquierda.]

—LORD WINDERMERE. ¡Margaret, no hables así de la señora Erlynne, no sabes lo injusta que estás siendo!

—LADY WINDERMERE. [Volviéndose hacia él.] Es usted muy celoso del honor de la señora Erlynne. Ojalá hubiera sido igual de celoso del mío.

—LORD WINDERMERE. Tu honor está intacto, Margaret. No pensarás ni por un momento que... [Vuelve a guardar el libro en el escritorio.]

—LADY WINDERMERE. Pienso que gasta usted su dinero de forma extraña. Eso es todo. Oh, no imagine que me importa el dinero. Por lo que a mí respecta, puede derrochar todo lo que tenemos. Pero lo que sí me importa es que usted, que me ha amado, que me ha enseñado a amarle, pase del amor que se da al amor que se compra. ¡Oh, es horrible! [Se sienta en el sofá.] ¡Y soy yo la que se siente degradada! Usted no siente nada. Yo me siento manchada, completamente manchada. No puede imaginar qué odiosos me parecen ahora los últimos seis meses... cada beso que me ha dado está contaminado en mi memoria.

—LORD WINDERMERE. [Acercándose a ella.] No digas eso, Margaret. Nunca he amado a nadie en el mundo entero más que a ti.

—LADY WINDERMERE. [Se levanta.] ¿Quién es esa mujer, entonces? ¿Por qué le pone una casa?

—LORD WINDERMERE. Yo no le he puesto una casa.

—LADY WINDERMERE. Le dio el dinero para hacerlo, que es lo mismo.

—LORD WINDERMERE. Margaret, por lo que yo conozco a la señora Erlyne...

—LADY WINDERMERE. ¿Existe un señor Erlyne... o es un mito?

—LORD WINDERMERE. Su marido murió hace muchos años. Está sola en el mundo.

—LADY WINDERMERE. ¿Sin parientes?5 [Una pausa.]

—LORD WINDERMERE. Ninguno.

—LADY WINDERMERE. Bastante curioso, ¿no es así? [Izquierda.]

—LORD WINDERMERE. [Centro izquierda.] Margaret, te estaba diciendo —y te ruego que me escuches— que, por lo que yo conozco

a la señora Erlynne, se ha comportado correctamente. Si hace años...

—LADY WINDERMERE. ¡Oh! [Cruzando al centro derecha.] ¡No quiero detalles sobre su vida!

—LORD WINDERMERE. [Centro.] No voy a darte ningún detalle sobre su vida. Simplemente te digo esto: la señora Erlynne fue en otro tiempo honrada, amada, respetada. Era de buena cuna, tenía una posición... lo perdió todo... lo tiró por la borda, si quieres. Eso lo hace todo aún más amargo. Las desgracias se pueden soportar, vienen de fuera, son accidentes. Pero sufrir por las propias faltas... ¡ah!, ahí está el aguijón de la vida. Fue hace veinte años, además. Era poco más que una muchacha entonces. Llevaba casada incluso menos tiempo que tú.

—LADY WINDERMERE. No me interesa... y no debería mencionar a esa mujer y a mí en la misma frase. Es un error de mal gusto. [Sentándose a la derecha, en el escritorio.]

—LORD WINDERMERE. Margaret, tú podrías salvar a esa mujer. Quiere volver a la sociedad y quiere que tú la ayudes. [Acercándose a ella.]

—LADY WINDERMERE. ¡Yo!

—LORD WINDERMERE. Sí, tú.

—LADY WINDERMERE. ¡Qué impertinencia por su parte! [Una pausa.]

—LORD WINDERMERE. Margaret, he venido a pedirte un gran favor, y todavía te lo pido, aunque hayas descubierto lo que pretendía que nunca supieras: que he dado a la señora Erlynne una gran suma de dinero. Quiero que le envíes una invitación para nuestra fiesta de esta noche. [De pie a la izquierda de ella.]

—LADY WINDERMERE. ¡Estás loco! [Se levanta.]

—LORD WINDERMERE. Te lo suplico. La gente puede murmurar sobre ella, de hecho murmura, por supuesto, pero no saben nada

concreto en su contra. Ha estado en varias casas... no en casas a las que tú irías, lo admito, pero aun así en casas a las que van mujeres que hoy en día están en lo que se llama sociedad. Eso no la satisface. Quiere que la recibas una vez.

—LADY WINDERMERE. ¿Como un triunfo para ella, supongo?

—LORD WINDERMERE. No; sino porque sabe que eres una buena mujer... y que si viene aquí una vez tendrá la oportunidad de una vida más feliz y segura de la que ha tenido. No hará ningún otro esfuerzo por conocerte. ¿No ayudarás a una mujer que intenta reincorporarse?

—LADY WINDERMERE. ¡No! Si una mujer se arrepiente de verdad, nunca desea volver a la sociedad que ha causado o presenciado su ruina.

—LORD WINDERMERE. Te lo ruego.

—LADY WINDERMERE. [Yendo hacia la puerta de la derecha.] Voy a vestirme para la cena, y no vuelvas a mencionarlo el tema esta noche. Arthur [acercándose a él en el centro], te figuras que porque no tengo padre ni madre estoy sola en el mundo y que puedes tratarme como te plazca. Te equivocas, tengo amigos, muchos amigos.

—LORD WINDERMERE. [Centro izquierda.] Margaret, estás hablando de forma insensata, temeraria. No voy a discutir contigo, pero insisto en que invites a la señora Erlynne esta noche.

—LADY WINDERMERE. [Centro derecha.] No haré tal cosa. [Cruzando al centro izquierda.]

—LORD WINDERMERE. ¿Te niegas? [Centro.]

—LADY WINDERMERE. ¡Absolutamente!

—LORD WINDERMERE. Ah, Margaret, haz esto por mí; es su última oportunidad.

—LADY WINDERMERE. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—LORD WINDERMERE. ¡Qué duras sois las mujeres buenas!

—LADY WINDERMERE. ¡Qué débiles sois los hombres malos!

—LORD WINDERMERE. Margaret, ninguno de nosotros, los hombres, seremos quizá lo bastante buenos para las mujeres con las que nos casamos —eso es muy cierto—, pero no imaginarás que yo sería capaz de... ¡oh, la insinuación es monstruosa!

—LADY WINDERMERE. ¿Por qué ibas a ser tú diferente de los demás hombres? Me han dicho que apenas hay un marido en Londres que no malgaste su vida en alguna pasión vergonzosa.

—LORD WINDERMERE. Yo no soy uno de ellos.⁷

—LADY WINDERMERE. ¡De eso no estoy segura!

—LORD WINDERMERE. En tu corazón estás segura. Pero no abras un abismo tras otro entre nosotros. Sabe Dios que los últimos minutos ya nos han distanciado bastante. Siéntate y escribe la invitación.

—LADY WINDERMERE. Nada en el mundo entero me induciría a hacerlo.

—LORD WINDERMERE. [Yendo hacia el escritorio.] ¡Entonces lo haré yo! [Toca un timbre eléctrico, se sienta y escribe una tarjeta.]

—LADY WINDERMERE. ¿Vas a invitar a esa mujer? [Acercándose a él.]

—LORD WINDERMERE. Sí. [Pausa. Entra PARKER.] ¡Parker!

—PARKER. Sí, milord. [Avanza hasta el centro izquierda.]

—LORD WINDERMERE. Haga que lleven esta nota a la señora Erlynne, al número 84A de Curzon Street. [Cruzando al centro izquierda y dándole la nota a PARKER.] ¡No hay que esperar respuesta!

[Sale PARKER por el centro.]

—LADY WINDERMERE. Arthur, si esa mujer viene aquí, la insultaré.

—LORD WINDERMERE. Margaret, no digas eso.

—LADY WINDERMERE. Lo digo en serio.

—LORD WINDERMERE. Niña, si hicieras tal cosa, no habría una sola mujer en Londres que no se compadeciera de ti.

—LADY WINDERMERE. No habría ni una sola mujer buena en Londres que no me aplaudiera. Hemos sido demasiado permisivos. Debemos dar un ejemplo. Y propongo empezar esta noche. [Recogiendo el abanico.] Sí, me diste este abanico hoy; fue tu regalo de cumpleaños. Si esa mujer cruza mi umbral, la golpearé en la cara con él.

—LORD WINDERMERE. Margaret, no serías capaz de hacer algo así.

—LADY WINDERMERE. ¡No me conoces! [Se mueve a la derecha.]
[Entra PARKER.]

—LADY WINDERMERE. ¡Parker!

—PARKER. Sí, milady.

—LADY WINDERMERE. Cenaré en mis aposentos. De hecho, no quiero cenar. Procure que todo esté listo para las diez y media. Y, Parker, asegúrese de pronunciar los nombres de los invitados muy claramente esta noche. A veces habla tan rápido que no los oigo. Tengo especial interés en oír los nombres con toda claridad, para no cometer ningún error. ¿Entiende, Parker?

—PARKER. Sí, milady.

—LADY WINDERMERE. ¡Eso es todo!

[Sale PARKER por el centro.]

[Hablando a LORD WINDERMERE.] Arthur, si esa mujer viene aquí... te lo advierto...

—LORD WINDERMERE. ¡Margaret, nos arruinarás!

—LADY WINDERMERE. ¡A nosotros! Desde este momento, mi vida está separada de la tuya. Pero si deseas evitar un escándalo público, ¡escribe ahora mismo a esa mujer y dile que le prohíbo venir aquí!

—LORD WINDERMERE. No lo haré... no puedo... ¡debe venir!

—LADY WINDERMERE. Entonces haré exactamente lo que he dicho. [Va a la derecha.] No me dejas otra opción. [Sale por la derecha.]

—LORD WINDERMERE. [Gritando tras ella.] ¡Margaret! ¡Margaret! [Una pausa.] ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer? No me atrevo a decirle quién es realmente esa mujer. La vergüenza la mataría. [Se deja caer en una silla y esconde el rostro entre las manos.]

CAE EL TELÓN

ACTO II

ESCENA:

Salón en casa de Lord Windermere. Una puerta al fondo a la derecha da al salón de baile, donde toca una orquesta. Una puerta a la izquierda por la que entran los invitados. Una puerta al fondo a la izquierda da a una terraza iluminada. Palmeras, flores y luces brillantes. La sala está abarrotada de invitados. Lady Windermere los recibe.

—DUQUESA DE BERWICK. [Al fondo, en el centro.] Qué extraño que Lord Windermere no esté aquí. El señor Hopper también llega muy tarde. ¿Le has guardado esos cinco bailes, Agatha? [Avanza.]

—LADY AGATHA. Sí, mamá.

—DUQUESA DE BERWICK. [Sentándose en el sofá.] Déjame ver tu carné de baile. Me alegro tanto de que Lady Windermere los haya recuperado. Son la única salvaguarda de una madre. ¡Pobrecilla

ingenua! [Tacha dos nombres.] ¡Ninguna chica de bien debería bailar el vals con segundones tan particulares! ¡Parece tan impropio! Los dos últimos bailes podrías pasarlos en la terraza con el señor Hopper.

[Entran el SR. DUMBY y LADY PLYMDALE desde el salón de baile.]

—LADY AGATHA. Sí, mamá.

—DUQUESA DE BERWICK. [Abanicándose.] El aire es tan agradable allí.

—PARKER. La señora Cowper-Cowper. Lady Stutfield. Sir James Royston. El señor Guy Berkeley.

[Estas personas entran a medida que son anunciadas.]

—DUMBY. Buenas noches, Lady Stutfield. Supongo que este será el último baile de la temporada.

—LADY STUTFIELD. Supongo que sí, señor Dumby. Ha sido una temporada deliciosa, ¿verdad?

—DUMBY. ¡Absolutamente deliciosa! Buenas noches, duquesa. Supongo que este será el último baile de la temporada.

—DUQUESA DE BERWICK. Supongo que sí, señor Dumby. Ha sido una temporada muy aburrida, ¿no es así?

—DUMBY. ¡Terriblemente aburrida! ¡Terriblemente aburrida!

—SR. COWPER-COWPER. Buenas noches, señor Dumby. Supongo que este será el último baile de la temporada.

—DUMBY. Oh, creo que no. Probablemente habrá dos más.
[Deambula de vuelta hacia LADY PLYMDALE.]

—PARKER. El señor Rufford. Lady Jedburgh y la señorita Graham. El señor Hopper.

[Estas personas entran a medida que son anunciadas.]

—HOPPER. ¿Cómo está, Lady Windermere? ¿Cómo está, duquesa?
[Hace una reverencia a LADY AGATHA.]

—DUQUESA DE BERWICK. Querido señor Hopper, qué amable por su parte venir tan temprano. Todos sabemos lo solicitado que está en Londres.

—HOPPER. ¡Un lugar magnífico, Londres! No son ni de lejos tan exclusivos en Londres como en Sídney.

—DUQUESA DE BERWICK. ¡Ah! Sabemos lo que usted vale, señor Hopper. Ojalá hubiera más como usted. Haría la vida mucho más fácil. ¿Sabe, señor Hopper?, la querida Agatha y yo estamos muy interesadas en Australia. Debe de ser tan bonito, con todos esos canguritos revoloteando por ahí. Agatha lo ha encontrado en el mapa. ¡Qué forma tan curiosa tiene! Igual que una gran caja de embalar. Sin embargo, es un país muy joven, ¿no es así?

—HOPPER. ¿No fue creado al mismo tiempo que los demás, duquesa?

—DUQUESA DE BERWICK. Qué inteligente es usted, señor Hopper. Tiene una inteligencia muy suya. Bueno, no debo entretenerle.

—HOPPER. Pero me gustaría bailar con Lady Agatha, duquesa.

—DUQUESA DE BERWICK. Bueno, espero que le quede un baile. ¿Te queda algún baile, Agatha?

—LADY AGATHA. Sí, mamá.

—DUQUESA DE BERWICK. ¿El siguiente?

—LADY AGATHA. Sí, mamá.

—HOPPER. ¿Me concede el placer? [LADY AGATHA asiente con una reverencia.]

—DUQUESA DE BERWICK. Tenga mucho cuidado con mi pequeña parlanchina, señor Hopper.

[LADY AGATHA y el SR. HOPPER pasan al salón de baile.]

[Entra LORD WINDERMERE.]

—LORD WINDERMERE. Margaret, quiero hablar contigo.

—LADY WINDERMERE. En un momento. [La música se apaga.]

—PARKER. Lord Augustus Lorton.

[Entra LORD AUGUSTUS.]

—LORD AUGUSTUS. Buenas noches, Lady Windermere.

—DUQUESA DE BERWICK. Sir James, ¿quiere llevarme al salón de baile? Augustus ha cenado con nosotros esta noche. La verdad es que ya he tenido más que suficiente del querido Augustus por el momento.

[SIR JAMES ROYSTON le da el brazo a la DUQUESA y la acompaña al salón de baile.]

—PARKER. El señor y la señora Arthur Bowden. Lord y Lady Paisley. Lord Darlington.

[Estas personas entran a medida que son anunciadas.]

—LORD AUGUSTUS. [Acercándose a LORD WINDERMERE.] Necesito hablar contigo de algo particular, muchacho. Estoy hecho una sombra. Sé que no lo parezco. Ninguno de nosotros los hombres parece lo que realmente es. Y es una condenada suerte, además. Lo que quiero saber es esto. ¿Quién es ella? ¿De dónde sale? ¿Por qué no tiene ningún condenado pariente? ¡Qué condenada molestia son los parientes! Pero le hacen a uno tan condenadamente respetable.

—LORD WINDERMERE. Supongo que habla de la señora Erlyne. La conocí hace solo seis meses. Hasta entonces, no sabía de su existencia.

—LORD AUGUSTUS. La has visto bastante desde entonces.

—LORD WINDERMERE. [Fríamente.] Sí, la he visto bastante desde entonces. Acabo de verla.

—LORD AUGUSTUS. ¡Caramba! Las mujeres la critican con dureza. ¡He cenado con Arabella esta noche! ¡Por Júpiter! Deberías haber oído lo que dijo de la señora Erlyne. No le ha dejado títere con cabeza... [Aparte.] Berwick y yo le dijimos que eso no importaba mucho, ya que la dama en cuestión debe de tener una figura

espléndida. ¡Deberías haber visto la cara de Arabella!... Pero, mira, muchacho, no sé qué hacer con la señora Erlynne. ¡Caramba! Podría estar casado con ella; me trata con una indiferencia tan condenada. ¡Y es endiabladamente lista! Lo explica todo. ¡Caramba! Te explica a ti. Tiene un montón de explicaciones para ti... y todas diferentes.

—LORD WINDERMERE. No se necesitan explicaciones sobre mi amistad con la señora Erlynne.

—LORD AUGUSTUS. ¡Ejem! Bueno, mira, viejo amigo, ¿crees que alguna vez entrará en esa condenada cosa llamada sociedad? ¿Se la presentarías a tu esposa? No vale la pena andarse con malditos rodeos. ¿Harías eso?

—LORD WINDERMERE. La señora Erlynne viene aquí esta noche.

—LORD AUGUSTUS. ¿Tu esposa le ha enviado una invitación?

—LORD WINDERMERE. La señora Erlynne ha recibido una invitación.

—LORD AUGUSTUS. Entonces todo está en orden, muchacho. Pero, ¿por qué no me lo dijiste antes? ¡Me habría ahorrado un montón de preocupaciones y condenados malentendidos!

[LADY AGATHA y el SR. HOPPER cruzan y salen a la terraza por el fondo izquierda.]

—PARKER. ¡El señor Cecil Graham!

[Entra el SR. CECIL GRAHAM.]

—CECIL GRAHAM. [Hace una reverencia a LADY WINDERMERE, se acerca y estrecha la mano de LORD WINDERMERE.] Buenas noches, Arthur. ¿Por qué no me preguntas cómo estoy? Me gusta que la gente me pregunte cómo estoy. Demuestra un amplio interés por mi salud. Pues bien, esta noche no me encuentro nada bien. He cenado con mi familia. Me pregunto por qué la familia de uno es siempre tan tediosa. Mi padre se empeñó en hablar de moralidad después de la cena. Le dije que ya tenía edad para saber más. Pero mi experiencia me dice que, en cuanto la gente tiene edad para saber más, no sabe

absolutamente nada. ¡Hola, Tuppy! He oído que vas a casarte otra vez; pensaba que ya estabas cansado de ese juego.

—LORD AUGUSTUS. ¡Eres excesivamente trivial, mi querido amigo, excesivamente trivial!

—CECIL GRAHAM. Por cierto, Tuppy, ¿cómo es? ¿Te has casado dos veces y divorciado una, o divorciado dos veces y casado una? Yo digo que te has divorciado dos veces y casado una. Parece mucho más probable.

—LORD AUGUSTUS. Tengo muy mala memoria. De verdad que no recuerdo cuál es cuál. [Se aleja hacia la derecha.]

—LADY PLYMDALE. Lord Windermere, tengo algo muy particular que preguntarle.

—LORD WINDERMERE. Me temo que —si me disculpa— debo reunirme con mi esposa.

—LADY PLYMDALE. Oh, ni se le ocurra pensar en tal cosa. Hoy en día es de lo más peligroso que un marido preste atención a su esposa en público. Siempre hace pensar a la gente que la maltrata cuando están solos. El mundo se ha vuelto tan receloso de cualquier cosa que parezca una vida matrimonial feliz. Pero ya le contaré de qué se trata durante la cena. [Se mueve hacia la puerta del salón de baile.]

—LORD WINDERMERE. [Centro.] ¡Margaret! Debo hablar contigo.

—LADY WINDERMERE. ¿Me sostiene el abanico, Lord Darlington? Gracias. [Se acerca a él.]

—LORD WINDERMERE. [Cruzando hacia ella.] Margaret, lo que dijiste antes de la cena era, por supuesto, ¿imposible?

—LADY WINDERMERE. ¡Esa mujer no vendrá aquí esta noche!

—LORD WINDERMERE. [Centro derecha.] La señora Erlynne va a venir, y si de algún modo la molestas o la hieres, nos acarrearás vergüenza y dolor a ambos. ¡Recuérdalo! ¡Ah, Margaret, confía en mí! ¡Una esposa debería confiar en su marido!

—LADY WINDERMERE. [Centro.] Londres está lleno de mujeres que confían en sus maridos. Siempre se las puede reconocer. Parecen tan profundamente infelices. Yo no voy a ser una de ellas. [Avanza.] Lord Darlington, ¿me devuelve mi abanico, por favor? Gracias... Un objeto útil el abanico, ¿no es así?... Necesito un amigo esta noche, Lord Darlington. No sabía que necesitaría uno tan pronto.

—LORD DARLINGTON. ¡Lady Windermere! Sabía que llegaría el momento algún día; pero, ¿por qué esta noche?

—LORD WINDERMERE. Se lo diré. Debo hacerlo. Sería terrible que hubiera una escena. Margaret...

—PARKER. ¡La señora Erlynne!

[LORD WINDERMERE se sobresalta. La SRA. ERLYNNE entra, elegantísimamente vestida y muy digna. LADY WINDERMERE aferra su abanico y luego lo deja caer. Hace una fría reverencia a la SRA. ERLYNNE, quien le devuelve el saludo con dulzura y se desliza por el salón.]

—LORD DARLINGTON. Se le ha caído el abanico, Lady Windermere. [Lo recoge y se lo entrega.]

—SRA. ERLYNNE. [Centro.] ¿Cómo está de nuevo, Lord Windermere? ¡Qué encantadora se ve su dulce esposa! ¡Es toda una estampa!

—LORD WINDERMERE. [En voz baja.] ¡Ha sido terriblemente temerario por su parte venir!

—SRA. ERLYNNE. [Sonriendo.] La cosa más sabia que he hecho en mi vida. Y, por cierto, debe prestarme mucha atención esta noche. Tengo miedo de las mujeres. Debe presentarme a algunas de ellas. Con los hombres siempre me las arreglo. ¿Cómo está, Lord Augustus? Me ha tenido muy abandonada últimamente. No le he visto desde ayer. Me temo que es usted un infiel. Todo el mundo me lo advirtió.

—LORD AUGUSTUS. [Derecha.] Vamos, de verdad, señora Erlynne, permítame que le explique.

—SRA. ERLYNNE. [Centro derecha.] No, mi querido Lord Augustus, usted no puede explicar nada. Es su principal encanto.

—LORD AUGUSTUS. ¡Ah! Si encuentra encantos en mí, señora Erlynne...

[Conversan juntos. LORD WINDERMERE se mueve inquieto por la habitación, observando a la SRA. ERLYNNE.]

—LORD DARLINGTON. [A LADY WINDERMERE.] ¡Qué pálida está!

—LADY WINDERMERE. ¡Los cobardes siempre están pálidos!

—LORD DARLINGTON. Parece que va a desmayarse. Salga a la terraza.

—LADY WINDERMERE. Sí. [A PARKER.] Parker, que me traigan el abrigo.

—SRA. ERLYNNE. [Acercándose a ella.] Lady Windermere, qué maravillosamente iluminada está su terraza. Me recuerda a la del Príncipe Doria en Roma.

[LADY WINDERMERE hace una fría reverencia y sale con LORD DARLINGTON.]

—SRA. ERLYNNE. Oh, ¿cómo está, señor Graham? ¿No es esa su tía, Lady Jedburgh? Me encantaría conocerla.

—CECIL GRAHAM. [Tras un momento de vacilación y embarazo.] Oh, por supuesto, si lo desea. Tía Caroline, permítame presentarle a la señora Erlynne.

—SRA. ERLYNNE. Encantada de conocerla, Lady Jedburgh. [Se sienta a su lado en el sofá.] Su sobrino y yo somos grandes amigos. Estoy muy interesada en su carrera política. Creo que sin duda tendrá un éxito maravilloso. Piensa como un tory y habla como un radical, y eso es muy importante hoy en día. Es un conversador tan brillante, además. Pero todos sabemos de quién lo hereda. Lord

Allandale me decía ayer mismo, en el parque, que el señor Graham habla casi tan bien como su tía.

—LADY JEDBURGH. [Derecha.] ¡Muy amable por su parte decirme estas cosas tan encantadoras! [La SRA. ERLYNNE sonríe y continúa la conversación.]

—DUMBY. [A CECIL GRAHAM.] ¿Le has presentado la señora Erlynne a Lady Jedburgh?

—CECIL GRAHAM. ¡Tuve que hacerlo, amigo! ¡No pude evitarlo! Esa mujer puede hacer que uno haga lo que ella quiera. Cómo, no lo sé.

—DUMBY. ¡Espero por Dios que no me hable a mí! [Se pasea hacia LADY PLYMDALE.]

—SRA. ERLYNNE. [Centro. A LADY JEDBURGH.] ¿El jueves? Con mucho gusto. [Se levanta y habla con LORD WINDERMERE, riendo.] ¡Qué fastidio tener que ser amable con estas viejas duquesas viudas! ¡Pero siempre insisten en ello!

—LADY PLYMDALE. [Al SR. DUMBY.] ¿Quién es esa mujer tan bien vestida que habla con Windermere?

—DUMBY. ¡No tengo la menor idea! Parece una édition de luxe de una novela francesa licenciosa, hecha especialmente para el mercado inglés.

—SRA. ERLYNNE. ¿Así que ese es el pobre Dumby con Lady Plymdale? He oído que está terriblemente celosa de él. No parece ansioso por hablarme esta noche. Supongo que le tiene miedo. Esas mujeres de pelo pajizo tienen un genio espantoso. ¿Sabe una cosa? Creo que bailaré primero con usted, Windermere. [LORD WINDERMERE se muerde el labio y frunce el ceño.] ¡Pondrá tan celoso a Lord Augustus! ¡Lord Augustus! [LORD AUGUSTUS se acerca.] Lord Windermere insiste en que baile con él primero y, como es su propia casa, no puedo negarme. Sabe que preferiría mil veces bailar con usted.

—LORD AUGUSTUS. [Con una profunda reverencia.] Ojalá pudiera pensar eso, señora Erlyne.

—SRA ERLYNNE. Lo sabe usted de sobra. Me imagino a una persona bailando por la vida con usted y encontrándolo encantador.

—LORD AUGUSTUS. [Poniendo la mano en su chaleco blanco.] Oh, gracias, gracias. ¡Es usted la más adorable de todas las damas!

—SRA. ERLYNNE. ¡Qué bonito cumplido! ¡Tan sencillo y tan sincero! Justo el tipo de cumplido que me gusta. Bueno, usted sostendrá mi ramo. [Se dirige al salón de baile del brazo de LORD WINDERMERE.] Ah, señor Dumby, ¿cómo está? Siento mucho haber estado fuera las tres últimas veces que ha venido a visitarme. Venga a almorzar el viernes.

—DUMBY. [Con perfecta indiferencia.] ¡Encantado!

[LADY PLYMDALE mira con indignación al SR. DUMBY. LORD AUGUSTUS sigue a la SRA. ERLYNNE y a LORD WINDERMERE al salón de baile, sosteniendo el ramo.]

—LADY PLYMDALE. [Al SR. DUMBY.] ¡Qué absoluto bruto es usted! ¡Nunca puedo creer una palabra de lo que dice! ¿Por qué me dijo que no la conocía? ¿Qué significa eso de visitarla tres veces seguidas? No va a ir a almorzar allí, ¿comprende, por supuesto?

—DUMBY. ¡Mi querida Laura, ni soñaría con ir!

—LADY PLYMDALE. ¡Todavía no me ha dicho su nombre! ¿Quién es?

—DUMBY. [Tose ligeramente y se alisa el pelo.] Es una tal señora Erlyne.

—LADY PLYMDALE. ¡Esa mujer!

—DUMBY. Sí, así es como la llama todo el mundo.

—LADY PLYMDALE. ¡Qué interesante! ¡Qué intensamente interesante! Realmente debo echarle un buen vistazo. [Va a la puerta del salón de baile y mira hacia dentro.] He oído las cosas más escandalosas sobre ella. Dicen que está arruinando al pobre

Windermere. ¡Y Lady Windermere, que se las da de tan correcta, la invita! ¡Qué extremadamente divertido! Se necesita una mujer rematadamente buena para hacer una tontería rematada. ¡Va a almorzar allí el viernes!

—DUMBY. ¿Por qué?

—LADY PLYMDALE. Porque quiero que se lleve a mi marido con usted. Ha estado tan atento últimamente que se ha vuelto una perfecta molestia. Y esta mujer es justo lo que él necesita. La cortejará mientras ella se lo permita y no me molestará a mí. Le aseguro que las mujeres de esa clase son de lo más útiles. Constituyen la base de los matrimonios de los demás.

—DUMBY. ¡Qué misterio es usted!

—LADY PLYMDALE. [Mirándole.] ¡Ojalá usted lo fuera!

—DUMBY. Lo soy... para mí mismo. Soy la única persona en el mundo que me gustaría conocer a fondo; but no veo ninguna posibilidad de ello por el momento.

[Pasan al salón de baile, y LADY WINDERMERE y LORD DARLINGTON entran desde la terraza.]

—LADY WINDERMERE. Sí. Su presencia aquí es monstruosa, insoportable. Ahora sé lo que quiso decir hoy a la hora del té. ¿Por qué no me lo dijo claramente? ¡Debería haberlo hecho!

—LORD DARLINGTON. ¡No podía! ¡Un hombre no puede contar esas cosas sobre otro hombre! Pero si hubiera sabido que iba a obligarla a invitarla aquí esta noche, creo que se lo habría dicho. De ese insulto, al menos, se habría librado.

—LADY WINDERMERE. Yo no la invité. Él insistió en que viniera... contra mis súplicas... contra mis órdenes. ¡Oh, esta casa está contaminada para mí! Siento que cada mujer aquí se burla de mí mientras baila con mi marido. ¿Qué he hecho para merecer esto? Le di toda mi vida. ¡La tomó... la usó... la arruinó! Estoy degradada a mis propios ojos; y me falta valor... ¡soy una cobarde! [Se sienta en el sofá.]

—LORD DARLINGTON. Si la conozco en algo, sé que no puede vivir con un hombre que la trata así. ¿Qué clase de vida tendría con él? Sentiría que le está mintiendo a cada momento del día. Sentiría que la mirada en sus ojos era falsa, su voz falsa, su tacto falso, su pasión falsa. Acudiría a usted cuando estuviera cansado de otras; usted tendría que consolarlo. Acudiría a usted cuando estuviera entregado a otras; usted tendría que seducirlo. Tendría que ser para él la máscara de su vida real, la capa para ocultar su secreto.

—LADY WINDERMERE. Tiene razón... tiene una razón terrible. Pero, ¿a dónde puedo ir? Dijo que sería mi amigo, Lord Darlington. Dígame, ¿qué debo hacer? Sea mi amigo ahora.

—LORD DARLINGTON. Entre hombres y mujeres no hay amistad posible. Hay pasión, enemistad, adoración, amor, pero no amistad. La amo...

—LADY WINDERMERE. ¡No, no! [Se levanta.]

—LORD DARLINGTON. ¡Sí, la amo! Es usted más para mí que nada en el mundo entero. ¿Qué le da su marido? Nada. Todo lo que hay en él se lo da a esa miserable mujer, a quien ha metido en su círculo, en su casa, para avergonzarla delante de todos. Yo le ofrezco mi vida...

—LADY WINDERMERE. ¡Lord Darlington!

—LORD DARLINGTON. Mi vida... mi vida entera. Tómela y haga con ella lo que quiera... La amo... la amo como nunca he amado a ningún ser vivo. Desde el momento en que la conocí, la amé, la amé ciegamente, con adoración, con locura! No lo sabía entonces... ¡lo sabe ahora! Abandone esta casa esta noche. No le diré que el mundo no importa, ni la voz del mundo, ni la voz de la sociedad. Importan mucho. Importan demasiado. Pero hay momentos en los que uno tiene que escoger entre vivir la propia vida, plena, entera, completamente... o arrastrar una existencia falsa, superficial y degradante que el mundo en su hipocresía exige. Usted tiene ese momento ahora. ¡Escoja! Oh, mi amor, escoja.

—LADY WINDERMERE. [Alejándose lentamente de él y mirándolo con ojos asustados.] No tengo el valor.

—LORD DARLINGTON. [Siguiéndola.] Sí, tiene el valor. Puede que haya seis meses de dolor, incluso de deshonra, pero cuando ya no lleve su apellido, cuando lleve el mío, todo estará bien. Margaret, mi amor, mi esposa que será algún día... ¡sí, mi esposa! ¡Usted lo sabe! ¿Qué es usted ahora? Esta mujer ocupa el lugar que por derecho le pertenece. ¡Oh! Váyase... salga de esta casa, con la cabeza alta, con una sonrisa en los labios, con valor en los ojos. Todo Londres sabrá por qué lo hizo; ¿y quién la culpará? Nadie. Si lo hacen, ¿qué importa? ¿Incorrecto? ¿Qué es incorrecto? Es incorrecto que un hombre abandone a su esposa por una mujer desvergonzada. Es incorrecto que una esposa permanezca con un hombre que la deshonra de tal modo. Dijo una vez que no haría concesiones. No las haga ahora. ¡Sea valiente! ¡Sea usted misma!

—LADY WINDERMERE. Tengo miedo de ser yo misma. ¡Déjeme pensar! ¡Déjeme esperar! Mi marido puede volver a mí. [Se sienta en el sofá.]

—LORD DARLINGTON. ¡Y usted lo aceptaría de vuelta! No es usted lo que yo pensaba. Es igual que cualquier otra mujer. Soportaría cualquier cosa antes que enfrentar la censura de un mundo cuyo elogio despreciaría. En una semana estará paseando con esa mujer por el parque. Será su invitada constante, su amiga más querida. Soportaría cualquier cosa antes que romper de un solo golpe este lazo monstruoso. Tiene razón. No tiene valor; ¡ninguno!

—LADY WINDERMERE. Ah, deme tiempo para pensar. No puedo responderle ahora. [Se pasa la mano nerviosamente por la frente.]

—LORD DARLINGTON. Debe ser ahora o nunca.

—LADY WINDERMERE. [Levantándose del sofá.] ¡Entonces, nunca! [Una pausa.]

—LORD DARLINGTON. ¡Me rompe el corazón!

—LADY WINDERMERE. El mío ya está roto. [Una pausa.]

—LORD DARLINGTON. Mañana dejo Inglaterra. Esta es la última vez que la veré. No volverá a verme jamás. Por un instante nuestras vidas se encontraron... nuestras almas se tocaron. No deben volver a encontrarse ni a tocarse nunca más. Adiós, Margaret. [Sale.]

—LADY WINDERMERE. ¡Qué sola estoy en la vida! ¡Qué terriblemente sola!

[La música cesa. Entran la DUQUESA DE BERWICK y LORD PAISLEY, riendo y hablando. Otros invitados entran desde el salón de baile.]

—DUQUESA DE BERWICK. Querida Margaret, acabo de tener una charla deliciosa con la señora Erlynne. Siento mucho lo que le dije esta tarde sobre ella. Por supuesto, debe ser una persona decente si usted la invita. Una mujer de lo más atractiva, y con unas opiniones tan sensatas sobre la vida. Me dijo que desaprobaba por completo que la gente se casara más de una vez, así que me siento bastante tranquila por el pobre Augustus. No me imagino por qué la gente habla mal de ella. Son esas sobrinas mías tan horrendas, las chicas Saville, siempre andan con chismes. Aun así, yo iría a Homburg, querida, de verdad que sí. Es un poquito demasiado atractiva. Pero, ¿dónde está Agatha? Oh, ahí está. [LADY AGATHA y el SR. HOPPER entran desde la terraza por el fondo izquierda.] Señor Hopper, estoy muy, muy enfadada con usted. Se ha llevado a Agatha a la terraza, y ella es tan delicada.

—HOPPER. Lo siento muchísimo, duquesa. Salimos un momento y luego nos pusimos a charlar.

—DUQUESA DE BERWICK. [Centro.] Ah, ¿sobre la querida Australia, supongo?

—HOPPER. ¡Sí!

—DUQUESA DE BERWICK. ¡Agatha, cariño! [Le hace señas para que se acerque.]

—LADY AGATHA. ¡Sí, mamá!

—DUQUESA DE BERWICK. [Aparte.] ¿El señor Hopper definitivamente...?

—LADY AGATHA. Sí, mamá.

—DUQUESA DE BERWICK. ¿Y qué respuesta le diste, mi niña?

—LADY AGATHA. Sí, mamá.

—DUQUESA DE BERWICK. [Afectuosamente.] ¡Mi tesoro! Siempre dices lo correcto. ¡Señor Hopper! ¡James! Agatha me lo ha contado todo. Qué hábilmente han guardado ambos el secreto.

—HOPPER. No le importa que me lleve a Agatha a Australia, entonces, ¿duquesa?

—DUQUESA DE BERWICK. [Indignada.] ¿A Australia? Oh, no mencione ese lugar espantoso y vulgar.

—HOPPER. Pero ella dijo que le gustaría venir conmigo.

—DUQUESA DE BERWICK. [Severamente.] ¿Dijiste eso, Agatha?

—LADY AGATHA. Sí, mamá.

—DUQUESA DE BERWICK. Agatha, dices las cosas más tontas posibles. Creo que, en general, Grosvenor Square sería un lugar más saludable para residir. Hay mucha gente vulgar que vive en Grosvenor Square, pero al menos no hay horribles canguros arrastrándose por ahí. Pero ya hablaremos de eso mañana. James, puede llevar a Agatha a cenar. Vendrá a almorzar, por supuesto, James. A la una y media, en lugar de a las dos. El duque deseará decirle unas palabras, estoy segura.

—HOPPER. Me gustaría charlar con el duque, duquesa. Todavía no me ha dirigido ni una sola palabra.

—DUQUESA DE BERWICK. Creo que descubrirá que tendrá mucho que decirle mañana. [Sale LADY AGATHA con el SR. HOPPER.] Y ahora, buenas noches, Margaret. Me temo que es la vieja, vieja historia, querida. Amor... bueno, no amor a primera vista, sino amor al final de la temporada, que es mucho más satisfactorio.

—LADY WINDERMERE. Buenas noches, duquesa.

[Sale la DUQUESA DE BERWICK del brazo de LORD PAISLEY.]

—LADY PLYMDALE. Mi querida Margaret, ¡con qué mujer tan hermosa ha estado bailando su marido! ¡Yo estaría bastante celosa si fuera usted! ¿Es muy amiga suya?

—LADY WINDERMERE. ¡No!

—LADY PLYMDALE. ¿De verdad? Buenas noches, querida. [Mira al SR. DUMBY y sale.]

—DUMBY. ¡Qué modales tan espantosos tiene el joven Hopper!

—CECIL GRAHAM. ¡Ah! Hopper es uno de los caballeros de la Naturaleza, el peor tipo de caballero que conozco.

—DUMBY. Mujer sensata, Lady Windermere. Muchas esposas se habrían opuesto a que viniera la señora Erlynne. Pero Lady Windermere tiene esa cosa tan poco común llamada sentido común.

—CECIL GRAHAM. Y Windermere sabe que nada se parece tanto a la inocencia como una indiscreción.

—DUMBY. Sí, el querido Windermere se está volviendo casi moderno. Nunca pensé que lo haría. [Hace una reverencia a LADY WINDERMERE y sale.]

—LADY JEDBURGH. Buenas noches, Lady Windermere. ¡Qué mujer tan fascinante es la señora Erlynne! Viene a almorzar el jueves, ¿no querría venir usted también? Espero al obispo y a la querida Lady Merton.

—LADY WINDERMERE. Me temo que estoy ocupada, Lady Jedburgh.

—LADY JEDBURGH. Cuánto lo siento. Vamos, querida. [Salen LADY JEDBURGH y la SRTA. GRAHAM.]

[Entran la SRA. ERLYNNE y LORD WINDERMERE.]

—SRA. ERLYNNE. ¡Ha sido un baile encantador! Me recuerda mucho a los viejos tiempos. [Se sienta en el sofá.] Y veo que sigue

habiendo tantos tontos en la sociedad como antes. ¡Me complace tanto descubrir que nada ha cambiado! Excepto Margaret. Se ha puesto muy guapa. La última vez que la vi, hace veinte años, era un espanto vestida de franela. Un espanto total, se lo aseguro. ¡La querida duquesa! ¡Y esa dulce Lady Agatha! ¡Justo el tipo de chica que me gusta! Bueno, la verdad, Windermere, si voy a ser la cuñada de la duquesa...

—LORD WINDERMERE. [Sentándose a la izquierda de ella.] Pero, ¿lo será...?

[Sale el SR. CECIL GRAHAM con el resto de los invitados. LADY WINDERMERE observa, con una mirada de desdén y dolor, a la SRA. ERLYNNE y a su marido. Ellos no son conscientes de su presencia.]

—SRA. ERLYNNE. ¡Oh, sí! ¡Va a venir mañana a las doce en punto! Quería declararse esta noche. De hecho, lo hizo. No paraba de declararse. El pobre Augustus, ya sabe cómo se repite. ¡Qué mala costumbre! Pero le dije que no le daría una respuesta hasta mañana. Por supuesto que voy a aceptarlo. Y me atrevo a decir que le haré una esposa admirable, dentro de lo que cabe. Y hay mucho de bueno en Lord Augustus. Afortunadamente, está todo en la superficie. Justo donde deben estar las buenas cualidades. Por supuesto, debe ayudarme en este asunto.

—LORD WINDERMERE. Supongo que no se me pide que anime a Lord Augustus.

—SRA. ERLYNNE. ¡Oh, no! De animarlo me encargo yo. Pero me concederá usted una generosa pensión, Windermere, ¿no es así?

—LORD WINDERMERE. [Frunciendo el ceño.] ¿Es de eso de lo que quiere hablarme esta noche?

—SRA. ERLYNNE. Sí.

—LORD WINDERMERE. [Con un gesto de impaciencia.] No hablaré de ello aquí.

—SRA. ERLYNNE. [Riendo.] Entonces hablaremos de ello en la terraza. Incluso los negocios deberían tener un fondo pintoresco.

¿No cree, Windermere? Con el fondo adecuado, las mujeres podemos hacer cualquier cosa.

—LORD WINDERMERE. ¿No puede esperar a mañana?

—SRA. ERLYNNE. No; verá, mañana voy a aceptarlo. Y creo que sería bueno poder decirle que me han dejado... bueno, ¿qué diré?... dos mil libras al año, un primo tercero... o un segundo marido... o algún pariente lejano de ese tipo. Sería un atractivo adicional, ¿no le parece? Tiene usted una oportunidad deliciosa ahora de hacerme un cumplido, Windermere. Pero no es usted muy hábil para hacer cumplidos. Me temo que Margaret no le alienta en esa excelente costumbre. Es un gran error por su parte. Cuando los hombres dejan de decir cosas encantadoras, dejan de pensar cosas encantadoras. Pero en serio, ¿qué me dice de dos mil libras? Dos mil quinientas, creo. En la vida moderna, el margen lo es todo. Windermere, ¿no cree que el mundo es un lugar intensamente divertido? ¡Yo sí!

[Sale a la terraza con LORD WINDERMERE. La música vuelve a sonar en el salón de baile.]

—LADY WINDERMERE. Seguir en esta casa un instante más es imposible. Esta noche un hombre que me ama me ofreció su vida entera. La rechacé. Fue una tontería por mi parte. Le ofreceré la mía ahora. Le daré la mía. ¡Iré a él! [Se pone un abrigo y va hacia la puerta, luego se vuelve. Se sienta a la mesa y escribe una carta, la mete en un sobre y la deja sobre la mesa.] Arthur nunca me ha comprendido. Cuando lea esto, lo hará. Ahora puede hacer con su vida lo que quiera. Yo he hecho con la mía lo que creo mejor, lo que creo correcto. Es él quien ha roto el vínculo del matrimonio, no yo. Yo solo rompo sus cadenas.

[Sale.]

[PARKER entra por la izquierda y cruza hacia el salón de baile a la derecha. Entra la SRA. ERLYNNE.]

—SRA. ERLYNNE. ¿Está Lady Windermere en el salón de baile?

—PARKER. Su señoría acaba de salir.

—SRA. ERLYNNE. ¿Salir? ¿No está en la terraza?

—PARKER. No, señora. Su señoría acaba de salir de la casa.

—SRA. ERLYNNE. [Se sobresalta y mira al criado con expresión perpleja.] ¿Salir de la casa?

—PARKER. Sí, señora... su señoría me dijo que había dejado una carta para el señor en la mesa.

—SRA. ERLYNNE. ¿Una carta para Lord Windermere?

—PARKER. Sí, señora.

—SRA. ERLYNNE. Gracias.

[Sale PARKER. La música en el salón de baile cesa.]

¡Ha salido de su casa! ¡Una carta dirigida a su marido! [Se acerca al escritorio y mira la carta. La coge y la vuelve a dejar con un escalofrío de miedo.] ¡No, no! ¡Sería imposible! ¡La vida no repite sus tragedias de esa manera! Oh, ¿por qué se me ocurre esta fantasía horrible? ¿Por qué recuerdo ahora el único momento de mi vida que más deseo olvidar? ¿Repite la vida sus tragedias? [Abre la carta de un tirón y la lee, luego se desploma en una silla con un gesto de angustia.] ¡Oh, qué terrible! ¡Las mismas palabras que hace veinte años le escribí a su padre! ¡Y qué amargamente he sido castigada por ello! No; mi castigo, mi verdadero castigo es esta noche, ¡es ahora! [Sigue sentada a la derecha.]

[Entra LORD WINDERMERE desde el fondo izquierda.]

—LORD WINDERMERE. ¿Te has despedido de mi esposa? [Llega al centro.]

—SRA. ERLYNNE. [Estrujando la carta en su mano.] Sí.

—LORD WINDERMERE. ¿Dónde está?

—SRA. ERLYNNE. Está muy cansada. Se ha ido a la cama. Dijo que tenía dolor de cabeza.

—LORD WINDERMERE. Debo ir a verla. ¿Me disculpas?

—SRA. ERLYNNE. [Levantándose apresuradamente.] ¡Oh, no! No es nada serio. Solo está muy cansada, eso es todo. Además, todavía hay gente en el comedor. Quiere que les presentes sus disculpas. Dijo que no deseaba que la molestaran. [Se le cae la carta.] ¡Me pidió que te lo dijera!

—LORD WINDERMERE. [Recoge la carta.] Se te ha caído algo.

—SRA. ERLYNNE. Oh, sí, gracias, es mío. [Extiende la mano para cogerla.]

—LORD WINDERMERE. [Aún mirando la carta.] Pero es la letra de mi esposa, ¿no?

—SRA. ERLYNNE. [Coge la carta rápidamente.] Sí, es... una dirección. ¿Puedes pedir que preparen mi carruaje, por favor?

—LORD WINDERMERE. Por supuesto. [Va a la izquierda y sale.]

—SRA. ERLYNNE. ¡Gracias! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? Siento despertar en mí una pasión que nunca antes había sentido. ¿Qué puede significar? La hija no debe ser como la madre... eso sería terrible. ¿Cómo puedo salvarla? ¿Cómo puedo salvar a mi hija? Un instante puede arruinar una vida. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Hay que sacar a Windermere de la casa; eso es absolutamente necesario. [Va a la izquierda.] Pero, ¿cómo lo haré? Hay que hacerlo de alguna manera. ¡Ah!

[Entra LORD AUGUSTUS desde el fondo derecha, llevando el ramo.]

—LORD AUGUSTUS. ¡Querida señora, estoy en un suspense terrible! ¿No puedo tener una respuesta a mi petición?

—SRA. ERLYNNE. Lord Augustus, escúcheme. Debe llevar a Lord Windermere a su club ahora mismo y retenerlo allí el mayor tiempo posible. ¿Entiende?

—LORD AUGUSTUS. ¡Pero usted dijo que deseaba que yo me recogiera temprano!

—SRA. ERLYNNE. [Nerviosamente.] Haga lo que le digo. Haga lo que le digo.

—LORD AUGUSTUS. ¿Y mi recompensa?

—SRA. ERLYNNE. ¿Su recompensa? ¿Su recompensa? ¡Oh! Pregúntemelo mañana. Pero no pierda de vista a Windermere esta noche. Si lo hace, nunca se lo perdonaré. Nunca volveré a dirigirle la palabra. No tendré nada que ver con usted. Recuerde que debe retener a Windermere en su club y no dejar que vuelva esta noche.

[Sale por la izquierda.]

—LORD AUGUSTUS. Bueno, la verdad, ya podría ser su marido. Positivamente podría. [La sigue, perplejo.]

CAE EL TELÓN.

ACTO III

ESCENA:

Aposentos de Lord Darlington. Un gran sofá se encuentra frente a la chimenea, a la derecha. Al fondo del escenario, una cortina cubre la ventana. Puertas a izquierda y derecha. Mesa a la derecha con utensilios de escritura. Mesa en el centro con sifones, vasos y una licorera Tántalo. Mesa a la izquierda con una caja de puros y cigarrillos. Lámparas encendidas.

—LADY WINDERMERE. [De pie junto a la chimenea.] ¿Por qué no viene? Esta espera es horrible. Debería estar aquí. ¿Por qué no está aquí, para despertar con palabras apasionadas algún fuego dentro de mí? Estoy fría... fría como un ser sin amor. Arthur ya debe de

haber leído mi carta. Si le importara, habría venido tras de mí, me habría llevado de vuelta por la fuerza. Pero no le importa. Está atrapado por esa mujer, fascinado por ella, dominado por ella. Si una mujer quiere retener a un hombre, solo tiene que apelar a lo peor que hay en él. Nosotras convertimos a los hombres en dioses y ellos nos abandonan. Otras los convierten en bestias y ellos las adulan y son fieles. ¡Qué espantosa es la vida!... ¡Oh! Fue una locura por mi parte venir aquí, una horrible locura. Y sin embargo, me pregunto qué es peor, ¿estar a merced de un hombre que te ama, o ser la esposa de un hombre que te deshonra en tu propia casa? ¿Qué mujer lo sabe? ¿Qué mujer en el mundo entero? Pero, ¿me amará siempre, este hombre al que le estoy entregando mi vida? ¿Qué le traigo? Unos labios que han perdido la nota de la alegría, unos ojos cegados por las lágrimas, unas manos frías y un corazón de hielo. No le traigo nada. Debo volver... no, no puedo volver, ¡mi carta me ha puesto en su poder! ¡Arthur no me aceptaría de vuelta! ¡Esa carta fatal! ¡No! Lord Darlington deja Inglaterra mañana. Iré con él... no tengo elección. [Se sienta por unos instantes. Luego se levanta de un salto y se pone el abrigo.] ¡No, no! Volveré, que Arthur haga conmigo lo que le plazca. No puedo esperar aquí. Ha sido una locura venir. Debo irme ahora mismo. En cuanto a Lord Darlington... ¡Oh, aquí está! ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo decirle? ¿Me dejará marchar? He oído que los hombres son brutales, horribles... ¡Oh! [Se cubre el rostro con las manos.]

[Entra la SRA. ERLYNNE por la izquierda.]

—SRA. ERLYNNE. ¡Lady Windermere! [LADY WINDERMERE se sobresalta y levanta la vista. Luego retrocede con desprecio.] Gracias al cielo que llego a tiempo. Debe regresar a casa de su marido inmediatamente.

—LADY WINDERMERE. ¿Debo?

—SRA. ERLYNNE. [Con autoridad.] ¡Sí, debe! No hay un segundo que perder. Lord Darlington puede volver en cualquier momento.

—LADY WINDERMERE. ¡No se me acerque!

—SRA. ERLYNNE. ¡Oh! Está usted al borde de la ruina, está al borde de un horrible precipicio. Debe abandonar este lugar de inmediato, mi carruaje está esperando en la esquina de la calle. Debe venir conmigo y volver directamente a casa.

[LADY WINDERMERE se quita el abrigo y lo arroja sobre el sofá.]

—SRA. ERLYNNE. ¿Qué está haciendo?

—LADY WINDERMERE. Señora Erlynne, si no hubiera venido usted aquí, yo habría regresado. Pero ahora que la veo, siento que nada en el mundo entero me induciría a vivir bajo el mismo techo que Lord Windermere. Me llena usted de horror. Hay algo en usted que despierta la más salvaje... ira dentro de mí. Y sé por qué está aquí. Mi marido la envió para atraerme de vuelta, para que yo sirviera de tapadera a cualquier relación que exista entre usted y él.

—SRA. ERLYNNE. ¡Oh! No pensará eso... no puede.

—LADY WINDERMERE. Vuelva con mi marido, señora Erlynne. Le pertenece a usted y no a mí. Supongo que teme un escándalo. Los hombres son tan cobardes. Violan todas las leyes del mundo y temen la lengua del mundo. Pero más le vale prepararse. Tendrá un escándalo. Tendrá el peor escándalo que ha habido en Londres en años. Verá su nombre en todos los viles periódicos, y el mío en todos los horribles carteles.

—SRA. ERLYNNE. No... no...

—LADY WINDERMERE. ¡Sí! Lo tendrá. Si él hubiera venido en persona, admito que habría vuelto a la vida de degradación que usted y él habían preparado para me... iba a volver... pero que él se quede en casa y la envíe a usted como su mensajera... ¡oh!, fue infame... infame.

—SRA. ERLYNNE. [Centro.] Lady Windermere, me injuria usted terriblemente... injuria a su marido terriblemente. Él no sabe que está usted aquí... cree que está a salvo en su propia casa. Cree que está dormida en su habitación. ¡Nunca leyó la loca carta que le escribió!

—LADY WINDERMERE. [Derecha.] ¡Nunca la leyó!

—SRA. ERLYNNE. No... no sabe nada al respecto.

—LADY WINDERMERE. ¡Qué ingenua me cree! [Acercándose a ella.] ¡Me está mintiendo!

—SRA. ERLYNNE. [Conteniéndose.] No lo hago. Le estoy diciendo la verdad.

—LADY WINDERMERE. Si mi marido no leyó mi carta, ¿cómo es que está usted aquí? ¿Quién le dijo que había abandonado la casa en la que tuvo la desvergüenza de entrar? ¿Quién le dijo adónde había ido? Mi marido se lo dijo, y la envió para seducirme de vuelta. [Cruza a la izquierda.]

—SRA. ERLYNNE. [Centro derecha.] Su marido nunca ha visto la carta. Yo... la vi, la abrí. Yo... la leí.

—LADY WINDERMERE. [Volviéndose hacia ella.] ¿Usted abrió una carta mía a mi marido? ¡No se atrevería!

—SRA. ERLYNNE. ¡Atreverme! ¡Oh! Para salvarla del abismo en el que está cayendo, no hay nada en el mundo que no me atreviera a hacer, nada en el mundo entero. Aquí está la carta. Su marido nunca la ha leído. Nunca la leerá. [Yendo hacia la chimenea.] Nunca debería haber sido escrita. [La rompe y la arroja al fuego.]

—LADY WINDERMERE. [Con infinito desprecio en su voz y mirada.] ¿Cómo sé yo que esa era mi carta, después de todo? ¡Parece creer que la artimaña más común puede engañarme!

—SRA. ERLYNNE. ¡Oh! ¿Por qué no cree nada de lo que le digo? ¿Qué propósito cree que tengo al venir aquí, excepto salvarla de la ruina total, salvarla de las consecuencias de un error espantoso? Esa carta que ahora está quemada era su carta. ¡Se lo juro!

—LADY WINDERMERE. [Lentamente.] Se aseguró usted de quemarla antes de que yo pudiera examinarla. No puedo confiar en usted. Usted, cuya vida entera es una mentira, ¿podría decir la verdad sobre algo? [Se sienta.]

—SRA. ERLYNNE. [Apresuradamente.] Piense lo que quiera de mí... diga lo que quiera contra mí, pero vuelva, vuelva con el marido que ama.

—LADY WINDERMERE. [Hoscamente.] ¡Yo no lo amo!

—SRA. ERLYNNE. Sí lo ama, y sabe que él la ama a usted.

—LADY WINDERMERE. Él no entiende lo que es el amor. Lo entiende tan poco como usted... pero ya veo lo que quiere. Sería una gran ventaja para usted conseguir que yo volviera. ¡Santo cielo! ¡Qué vida tendría entonces! Vivir a merced de una mujer que no tiene ni piedad ni compasión, una mujer a la que es una infamia encontrar, una degradación conocer, ¡una mujer vil, una mujer que se interpone entre marido y mujer!

—SRA. ERLYNNE. [Con un gesto de desesperación.] ¡Lady Windermere, Lady Windermere, no diga cosas tan terribles! No sabe lo terribles que son, lo terribles y lo injustas. ¡Escuche, debe escuchar! Solo vuelva con su marido, y le prometo no volver a comunicarme con él bajo ningún pretexto... no volver a verlo... no tener nada que ver con su vida ni con la suya. El dinero que me dio, no me lo dio por amor, sino por odio, no por adoración, sino por desprecio. El poder que tengo sobre él...

—LADY WINDERMERE. [Levantándose.] ¡Ah! ¡Admite que tiene poder sobre él!

—SRA. ERLYNNE. Sí, y le diré cuál es. Es su amor por usted, Lady Windermere.

—LADY WINDERMERE. ¿Y espera que me crea eso?

—SRA. ERLYNNE. ¡Debe creerlo! Es verdad. Es su amor por usted lo que le ha hecho someterse a... ¡oh! llámelo como quiera, tiranía, amenazas, lo que usted elija. Pero es su amor por usted. Su deseo de ahorrarle... la vergüenza, sí, la vergüenza y la deshonra.

—LADY WINDERMERE. ¿Qué quiere decir? ¡Es usted una insolente! ¿Qué tengo que ver yo con usted?

—SRA. ERLYNNE. [Humildemente.] Nada. Lo sé... pero le digo que su marido la ama... que puede que nunca vuelva a encontrar un amor así en toda su vida... que nunca encontrará un amor así... y que si lo desecha, puede llegar el día en que muera de hambre por amor y no le sea dado, en que ruegue por amor y le sea negado... ¡Oh! ¡Arthur la ama!

—LADY WINDERMERE. ¿Arthur? ¿Y me dice que no hay nada entre ustedes?

—SRA. ERLYNNE. Lady Windermere, ¡ante el Cielo, su marido es inocente de toda ofensa hacia usted! Y yo... le digo que si alguna vez se me hubiera ocurrido que una sospecha tan monstruosa pudiera entrar en su mente, habría muerto antes que cruzarme en su vida o en la de él... ¡oh!, ¡muerto, habría muerto con gusto! [Se aleja hacia el sofá de la derecha.]

—LADY WINDERMERE. Habla como si tuviera corazón. Las mujeres como usted no tienen corazón. No hay corazón en usted. A usted se la compra y se la vende. [Se sienta en el centro izquierda.]

—SRA. ERLYNNE. [Se sobresalta, con un gesto de dolor. Luego se contiene y se acerca a donde está sentada LADY WINDERMERE. Mientras habla, extiende las manos hacia ella, pero no se atreve a tocarla.] Crea lo que quiera de mí. No merezco un instante de pena. ¡Pero no arruine su hermosa y joven vida por mi culpa! No sabe lo que le puede esperar si no abandona esta casa de inmediato. ¡No sabe lo que es caer en el abismo, ser despreciada, ridiculizada, abandonada, mirada con desdén... ser una paria! ¡Encontrar la puerta cerrada, tener que deslizarse por caminos espantosos, temiendo a cada instante que le arranquen la máscara del rostro, y mientras tanto oír la risa, la horrible risa del mundo, algo más trágico que todas las lágrimas que el mundo ha derramado jamás! Usted no sabe lo que es. Una paga por su pecado, y luego paga de nuevo, y paga durante toda su vida. Usted nunca debe saber eso. En cuanto a mí, si el sufrimiento es una expiación, entonces en este momento he expiado todas mis faltas, cualesquiera que hayan sido; porque esta noche ha creado usted un corazón en quien no lo tenía,

lo ha creado y lo ha roto. Pero dejemos eso. Puede que yo haya destrozado mi propia vida, pero no dejaré que usted destruya la suya. Usted... vamos, usted es apenas una niña, estaría perdida. No tiene el tipo de cerebro que permite a una mujer recuperarse. No tiene ni el ingenio ni el valor. ¡No podría soportar la deshonra! ¡No! Vuelva, Lady Windermere, con el marido que la ama, a quien usted ama. Tiene un hijo, Lady Windermere. Vuelva con ese niño que incluso ahora, de dolor o de alegría, puede que la esté llamando. [LADY WINDERMERE se levanta.] Dios le dio ese niño. Él le exigirá que haga de su vida algo noble, que vele por él. ¿Qué respuesta le dará a Dios si la vida de él se arruina por su culpa? Vuelva a su casa, Lady Windermere... ¡su marido la ama! No se ha desviado ni un instante del amor que le profesa. Pero aunque tuviera mil amores, debe quedarse con su hijo. Si fue duro con usted, debe quedarse con su hijo. Si la maltrató, debe quedarse con su hijo. Si la abandonó, su lugar está junto a su hijo.

[LADY WINDERMERE rompe a llorar y esconde el rostro entre las manos.]

—SRA. ERLYNNE. [Corriendo hacia ella.] ¡Lady Windermere!

—LADY WINDERMERE. [Extendiendo las manos hacia ella, desamparada, como lo haría una niña.] Lléveme a casa. Lléveme a casa.

—SRA. ERLYNNE. [Está a punto de abrazarla. Luego se contiene. Hay una mirada de maravillosa alegría en su rostro.] ¡Vamos! ¿Dónde está su abrigo? [Cogiéndolo del sofá.] Aquí. Póngaselo. ¡Vamos, de inmediato!

[Van hacia la puerta.]

—LADY WINDERMERE. ¡Espere! ¿No oye voces?

—SRA. ERLYNNE. ¡No, no! ¡No había nadie!

—LADY WINDERMERE. ¡Sí que lo hay! ¡Escuche! ¡Oh, es la voz de mi marido! ¡Está entrando! ¡Sálveme! ¡Oh, es una trampa! Lo ha mandado a llamar.

[Voces fuera.]

—SRA. ERLYNNE. ¡Silencio! Estoy aquí para salvarla, si puedo. ¡Pero me temo que es demasiado tarde! ¡Ahí! [Señala la cortina que cubre la ventana.] En la primera oportunidad que tenga, escápese, ¡si es que llega a tenerla!

—LADY WINDERMERE. ¿Pero y usted?

—SRA. ERLYNNE. ¡Oh! No se preocupe por mí. Yo me enfrentaré a ellos.

[LADY WINDERMERE se esconde detrás de la cortina.]

—LORD AUGUSTUS. [Fuera.] ¡Tonterías, mi querido Windermere, no debes dejarme!

—SRA. ERLYNNE. ¡Lord Augustus! ¡Entonces soy yo la que está perdida! [Vacila un momento, luego mira a su alrededor, ve la puerta de la derecha y sale por ella.]

[Entran LORD DARLINGTON, el SR. DUMBY, LORD WINDERMERE, LORD AUGUSTUS LORTON y el SR. CECIL GRAHAM.]

—DUMBY. ¡Qué fastidio que nos echen del club a estas horas! Son solo las dos. [Se hunde en una silla.] La parte animada de la noche no ha hecho más que empezar. [Bosteza y cierra los ojos.]

—LORD WINDERMERE. Es muy amable de su parte, Lord Darlington, permitir que Augustus le imponga nuestra compañía, pero me temo que no puedo quedarme mucho tiempo.

—LORD DARLINGTON. ¡De veras! ¡Cuánto lo siento! ¿Aceptaré un puro, verdad?

—LORD WINDERMERE. ¡Gracias! [Se sienta.]

—LORD AUGUSTUS. [A LORD WINDERMERE.] Muchacho, ni se te ocurra irte. Tengo mucho que hablar contigo, y de condenada importancia, además. [Se sienta con él en la mesa de la izquierda.]

—CECIL GRAHAM. ¡Oh! ¡Todos sabemos lo que es! Tuppy no puede hablar de otra cosa que no sea la señora Erlynne.

—LORD WINDERMERE. Bueno, eso no es asunto tuyo, ¿verdad, Cecil?

—CECIL GRAHAM. ¡Ninguno! Por eso me interesa. Mis propios asuntos siempre me aburren de muerte. Prefiero los de los demás.

—LORD DARLINGTON. Tomen algo de beber, caballeros. Cecil, ¿un whisky con soda?

—CECIL GRAHAM. Gracias. [Va a la mesa con LORD DARLINGTON.] La señora Erlyne estaba muy hermosa esta noche, ¿no es así?

—LORD DARLINGTON. No soy uno de sus admiradores.

—CECIL GRAHAM. Yo no solía serlo, pero ahora lo soy. ¡Vaya! Si hasta me hizo presentarla a la pobre tía Caroline. Creo que va a almorzar allí.

—LORD DARLINGTON. [Púrpura.] ¿No?

—CECIL GRAHAM. Sí, de verdad.

—LORD DARLINGTON. Disculpen, caballeros. Me voy mañana. Y tengo que escribir algunas cartas. [Va a la mesa de escribir y se sienta.]

—DUMBY. Mujer lista, la señora Erlyne.

—CECIL GRAHAM. ¡Hola, Dumby! Pensé que estabas dormido.

—DUMBY. ¡Lo estoy, casi siempre lo estoy!

—LORD AUGUSTUS. Una mujer muy lista. Sabe perfectamente el condenado tonto que soy... lo sabe tan bien como yo mismo.

[CECIL GRAHAM se acerca a él riendo.]

—LORD AUGUSTUS. Ah, puedes reírte, muchacho, pero es una gran cosa encontrar a una mujer que lo comprende a uno a fondo.

—DUMBY. Es una cosa terriblemente peligrosa. Siempre acaban casándose con uno.

—CECIL GRAHAM. ¡Pero pensé, Tuppy, que no ibas a verla nunca más! ¡Sí! Me lo dijiste ayer por la noche en el club. Dijiste que habías oído... [Susurrándole.]

—LORD AUGUSTUS. Oh, eso ya lo ha explicado.

—CECIL GRAHAM. ¿Y el asunto de Wiesbaden?

—LORD AUGUSTUS. Eso también lo ha explicado.

—DUMBY. ¿Y sus ingresos, Tuppy? ¿Ha explicado eso?

—LORD AUGUSTUS. [Con voz muy seria.] Eso va a explicarlo mañana.

[CECIL GRAHAM vuelve a la mesa del centro.]

—DUMBY. Terriblemente comerciales, las mujeres de hoy en día. Nuestras abuelas, por supuesto, perdían la cabeza por amor, pero, ¡por Júpiter!, sus nietas solo la pierden por molinos que puedan traerles viento a favor.

—LORD AUGUSTUS. Quieres hacerla pasar por una mujer malvada. ¡No lo es!

—CECIL GRAHAM. ¡Oh! Las mujeres malvadas a uno lo fastidian. Las mujeres buenas a uno lo aburren. Esa es la única diferencia entre ellas.

—LORD AUGUSTUS. [Fumando un puro.] La señora Erlynne tiene un futuro por delante.

—DUMBY. La señora Erlynne tiene un pasado por delante.

—LORD AUGUSTUS. Prefiero las mujeres con un pasado. Siempre es tan condenadamente entretenido hablar con ellas.

—CECIL GRAHAM. Bueno, tendrás montones de temas de conversación con ella, Tuppy. [Levantándose y acercándose a él.]

—LORD AUGUSTUS. Te estás volviendo molesto, muchacho; te estás volviendo condenadamente molesto.

—CECIL GRAHAM. [Pone las manos en sus hombros.] Vamos, Tuppy, has perdido la figura y has perdido la reputación. No pierdas los estribos; solo tienes unos.

—LORD AUGUSTUS. Muchacho, si no fuera yo el hombre más afable de Londres...

—CECIL GRAHAM. Te trataríamos con más respeto, ¿no es así, Tuppy? [Se aleja.]

—DUMBY. La juventud de hoy en día es absolutamente monstruosa. No tienen ningún respeto por el pelo teñido. [LORD AUGUSTUS mira a su alrededor, enfadado.]

—CECIL GRAHAM. La señora Erlynne le tiene un gran respeto al querido Tuppy.

—DUMBY. Entonces la señora Erlynne da un ejemplo admirable al resto de su sexo. Es perfectamente brutal la forma en que la mayoría de las mujeres de hoy en día se comportan con los hombres que no son sus maridos.

—LORD WINDERMERE. Dumby, eres ridículo, y Cecil, dejas que se te vaya la lengua. Debéis dejar en paz a la señora Erlynne. En realidad, no sabéis nada de ella y siempre estáis lanzando calumnias en su contra.

—CECIL GRAHAM. [Acercándose a él, centro izquierda.] Mi querido Arthur, yo nunca lanzo calumnias. Yo solo chismorreo.

—LORD WINDERMERE. ¿Cuál es la diferencia entre la calumnia y el chismorreo?

—CECIL GRAHAM. ¡Oh! ¡El chismorreo es encantador! La historia no es más que chismorreo. Pero la calumnia es el chismorreo vuelto tedioso por la moralidad. Y yo nunca moralizo. Un hombre que moraliza suele ser un hipócrita, y una mujer que moraliza es invariablemente fea. No hay nada en el mundo entero que le siente peor a una mujer que una conciencia puritana. Y la mayoría de las mujeres lo saben, me complace decir.

—LORD AUGUSTUS. Justo lo que yo pienso, muchacho, justo lo que yo pienso.

—CECIL GRAHAM. Siento oírlo, Tuppy; cada vez que alguien está de acuerdo conmigo, siempre siento que debo de estar equivocado.

—LORD AUGUSTUS. Mi querido muchacho, cuando yo tenía tu edad...

—CECIL GRAHAM. Pero nunca la tuviste, Tuppy, y nunca la tendrás. [Sube al centro.] Oye, Darlington, saquemos unas cartas. Jugarás, Arthur, ¿verdad?

—LORD WINDERMERE. No, gracias, Cecil.

—DUMBY. [Con un suspiro.] ¡Santo cielo, cómo arruina el matrimonio a un hombre! Es tan desmoralizador como los cigarrillos, y mucho más caro.

—CECIL GRAHAM. ¿Tú jugarás, por supuesto, Tuppy?

—LORD AUGUSTUS. [Sirviéndose un brandy con soda en la mesa.] No puedo, muchacho. Le prometí a la señora Erlynne no volver a jugar ni a beber nunca más.

—CECIL GRAHAM. Vamos, mi querido Tuppy, no te dejes desviar por las sendas de la virtud. Reformado, serías perfectamente tedioso. Eso es lo peor de las mujeres. Siempre quieren que uno sea bueno. Y si somos buenos cuando nos conocen, no nos aman en absoluto. Les gusta encontrarnos irremediablemente malos y dejarnos poco atractivamente buenos.

—LORD DARLINGTON. [Levantándose de la mesa de la derecha, donde ha estado escribiendo cartas.] ¡Siempre nos encuentran malos!

—DUMBY. No creo que seamos malos. Creo que todos somos buenos, excepto Tuppy.

—LORD DARLINGTON. No, todos estamos en el arroyo, pero algunos de nosotros miramos a las estrellas. [Se sienta en la mesa del centro.]

—DUMBY. ¿Todos estamos en el arroyo, pero algunos miramos a las estrellas? Palabra que estás muy romántico esta noche, Darlington.

—CECIL GRAHAM. ¡Demasiado romántico! Debes de estar enamorado. ¿Quién es la chica?

—LORD DARLINGTON. La mujer que amo no es libre, o cree que no lo es. [Mira instintivamente a LORD WINDERMERE mientras habla.]

—CECIL GRAHAM. ¡Una mujer casada, entonces! Bueno, no hay nada en el mundo como la devoción de una mujer casada. Es algo de lo que ningún hombre casado sabe nada.

—LORD DARLINGTON. ¡Oh! Ella no me ama. Es una buena mujer. Es la única mujer buena que he conocido en mi vida.

—CECIL GRAHAM. ¿La única mujer buena que has conocido en tu vida?

—LORD DARLINGTON. ¡Sí!

—CECIL GRAHAM. [Encendiendo un cigarrillo.] Bueno, ¡eres un tipo con suerte! Vaya, yo he conocido a cientos de mujeres buenas. Parece que no conozco más que a mujeres buenas. El mundo está perfectamente repleto de mujeres buenas. Conocerlas es una educación de clase media.

—LORD DARLINGTON. Esta mujer tiene pureza e inocencia. Tiene todo lo que nosotros los hombres hemos perdido.

—CECIL GRAHAM. Mi querido amigo, ¿qué diablos haríamos nosotros los hombres yendo por ahí con pureza e inocencia? Un ojal cuidadosamente pensado es mucho más efectivo.

—DUMBY. ¿Entonces no te ama de verdad?

—LORD DARLINGTON. ¡No, no me ama!

—DUMBY. Te felicito, mi querido amigo. En este mundo solo hay dos tragedias. Una es no conseguir lo que uno quiere, y la otra es conseguirlo. La última es mucho peor; ¡la última es una verdadera

tragedia! Pero me interesa saber que no te ama. ¿Cuánto tiempo podrías amar a una mujer que no te amara, Cecil?

—CECIL GRAHAM. ¿Una mujer que no me amara? ¡Oh, toda mi vida!

—DUMBY. Yo también podría. Pero es tan difícil encontrar una.

—LORD DARLINGTON. ¿Cómo puedes ser tan engreído, DUMBY?

—DUMBY. No lo dije por presunción. Lo dije como un lamento. He sido amado salvaje y locamente. Y lo siento. Ha sido una molestia inmensa. Me gustaría que me permitieran un poco de tiempo para mí de vez en cuando.

—LORD AUGUSTUS. [Mirando a su alrededor.] Tiempo para educarte, supongo.

—DUMBY. No, tiempo para olvidar todo lo que he aprendido. Eso es mucho más importante, querido Tuppy. [LORD AUGUSTUS se mueve inquieto en su silla.]

—LORD DARLINGTON. ¡Qué cínicos sois, caballeros!

—CECIL GRAHAM. ¿Qué es un cínico? [Sentándose en el respaldo del sofá.]

—LORD DARLINGTON. Un hombre que conoce el precio de todo y el valor de nada.

—CECIL GRAHAM. Y un sentimental, mi querido Darlington, es un hombre que ve un valor absurdo en todo, y no conoce el precio de1 mercado de una sola cosa.

—LORD DARLINGTON. Siempre me diviertes, Cecil. Hablas como si fueras un hombre de experiencia.

—CECIL GRAHAM. Lo soy. [Se acerca al frente de la chimenea.]

—LORD DARLINGTON. ¡Eres demasiado joven!

—CECIL GRAHAM. Ese es un gran error. La experiencia es una cuestión de instinto sobre la vida. Yo lo tengo. Tuppy no. Experiencia

es el nombre que Tuppy le da a sus errores. Eso es todo. [LORD AUGUSTUS mira a su alrededor, indignado.]

—DUMBY. Experiencia es el nombre que todo el mundo le da a sus errores.

—CECIL GRAHAM. [De pie, de espaldas a la chimenea.] No se debería cometer ninguno. [Ve el abanico de LADY WINDERMERE en el sofá.]

—DUMBY. La vida sería muy aburrida sin ellos.

—CECIL GRAHAM. Por supuesto que eres completamente fiel a esta mujer de la que estás enamorado, Darlington, ¿a esta buena mujer?

—LORD DARLINGTON. Cecil, si uno ama de verdad a una mujer, todas las demás mujeres del mundo se vuelven absolutamente insignificantes. El amor lo cambia a uno... yo estoy cambiado.

—CECIL GRAHAM. ¡Cielo santo! ¡Qué interesante! Tuppy, quiero hablar contigo. [LORD AUGUSTUS no hace caso.]

—DUMBY. Es inútil hablar con Tuppy. Sería como hablarle a una pared de ladrillos.

—CECIL GRAHAM. ¡Pero me gusta hablarle a una pared de ladrillos... es lo único en el mundo que nunca me contradice! ¡Tuppy!

—LORD AUGUSTUS. Bueno, ¿qué es? ¿Qué pasa? [Levantándose y acercándose a CECIL GRAHAM.]

—CECIL GRAHAM. Ven aquí. Te necesito para algo particular. [Aparte.] Darlington ha estado moralizando y hablando de la pureza del amor y ese tipo de cosas, y tiene a una mujer en sus aposentos todo el tiempo.

—LORD AUGUSTUS. ¡No, de verdad! ¡De verdad!

—CECIL GRAHAM. [En voz baja.] Sí, aquí está su abanico. [Señala el abanico.]

—LORD AUGUSTUS. [Riéndose por lo bajo.] ¡Por Júpiter! ¡Por Júpiter!

—LORD WINDERMERE. [Junto a la puerta.] De verdad que ya me voy, Lord Darlington. Siento que deje Inglaterra tan pronto. ¡Por favor, visítenos cuando regrese! ¡Mi esposa y yo estaremos encantados de verlo!

—LORD DARLINGTON. [Al fondo del escenario con LORD WINDERMERE.] Me temo que estaré fuera muchos años. ¡Buenas noches!

—CECIL GRAHAM. ¡Arthur!

—LORD WINDERMERE. ¿Qué?

—CECIL GRAHAM. Quiero hablar contigo un momento. No, ¡ven!

—LORD WINDERMERE. [Poniéndose el abrigo.] No puedo... ¡me voy!

—CECIL GRAHAM. Es algo muy particular. Te interesará enormemente.

—LORD WINDERMERE. [Sonriendo.] Son tonterías tuyas, Cecil.

—CECIL GRAHAM. ¡No lo son! De verdad que no.

—LORD AUGUSTUS. [Acercándose a él.] Mi querido amigo, no debes irte todavía. Tengo mucho que hablar contigo. Y Cecil tiene algo que enseñarte.

—LORD WINDERMERE. [Acercándose.] Bueno, ¿qué es?

—CECIL GRAHAM. Darlington tiene a una mujer aquí en sus aposentos. Aquí está su abanico. Divertido, ¿no? [Una pausa.]

—LORD WINDERMERE. ¡Santo Dios! [Agarra el abanico... DUMBY se levanta.]

—CECIL GRAHAM. ¿Qué ocurre?

—LORD WINDERMERE. ¡Lord Darlington!

—LORD DARLINGTON. [Volviéndose.] ¡Sí!

—LORD WINDERMERE. ¿Qué hace el abanico de mi esposa aquí en sus aposentos? Quitá las manos, Cecil. No me toques.

—LORD DARLINGTON. ¿El abanico de su esposa?

—LORD WINDERMERE. ¡Sí, aquí está!

—LORD DARLINGTON. [Caminando hacia él.] ¡No lo sé!

—LORD WINDERMERE. Debe saberlo. Exijo una explicación. No me sujetes, idiota. [A CECIL GRAHAM.]

—LORD DARLINGTON. [Aparte.] ¡Está aquí, después de todo!

—LORD WINDERMERE. ¡Hable, señor! ¿Por qué está aquí el abanico de mi esposa? ¡Respóndame! ¡Por Dios! Registraré sus aposentos, y si mi esposa está aquí, yo... [Hace ademán de moverse.]

—LORD DARLINGTON. No registraré mis aposentos. No tiene derecho a hacerlo. ¡Se lo prohíbo!

—LORD WINDERMERE. ¡Miserable! ¡No me iré de su habitación hasta que haya registrado cada rincón! ¿Qué se mueve detrás de esa cortina? [Corre hacia la cortina del centro.]

—SRA. ERLYNNE. [Entra por detrás, desde la derecha.] ¡Lord Windermere!

—LORD WINDERMERE. ¡Señora Erlynne!

[Todos se sobresaltan y se giran. LADY WINDERMERE se desliza desde detrás de la cortina y sale sigilosamente de la habitación por la izquierda.]

—SRA. ERLYNNE. Me temo que tomé el abanico de su esposa por error, confundiéndolo con el mío, cuando salía de su casa esta noche. Lo siento mucho. [Le quita el abanico. LORD WINDERMERE la mira con desprecio. LORD DARLINGTON con una mezcla de asombro e ira. LORD AUGUSTUS se da la vuelta. Los otros hombres se sonríen entre sí.]

CAE EL TELÓN.

Acto IV

ESCENA - La misma del Acto I.

—LADY WINDERMERE. [Tumbada en el sofá.] ¿Cómo puedo decírselo? No puedo decírselo. Me mataría. Me pregunto qué ocurrió después de que escapara de aquella horrible habitación. Quizá les contó la verdadera razón de su presencia allí, y el significado real de aquel... fatal abanico mío. Oh, si lo sabe... ¿cómo podré volver a mirarlo a la cara? Nunca me perdonaría. [Toca la campanilla.] ¡Con qué seguridad cree una que vive... fuera del alcance de la tentación, el pecado, la locura! Y de repente... ¡Oh! La vida es terrible. Nos gobierna, no la gobernamos nosotros.

[Entra ROSALIE por la derecha.]

—ROSALIE. ¿Llamaba su señoría?

—LADY WINDERMERE. Sí. ¿Has averiguado a qué hora llegó Lord Windermere anoche?

—ROSALIE. El señor no llegó hasta las cinco.

—LADY WINDERMERE. ¿Las cinco? Llamó a mi puerta esta mañana, ¿no es así?

—ROSALIE. Sí, milady... a las nueve y media. Le dije que su señoría aún no estaba despierta.

—LADY WINDERMERE. ¿Dijo algo?

—ROSALIE. Algo sobre el abanico de su señoría. No entendí bien lo que dijo el señor. ¿Se ha perdido el abanico, milady? No puedo encontrarlo, y Parker dice que no se quedó en ninguna de las habitaciones. Ha mirado en todas ellas y también en la terraza.

—LADY WINDERMERE. No importa. Dile a Parker que no se moleste. Eso es todo.

[Sale ROSALIE.]

—LADY WINDERMERE. [Levantándose.] Seguro que se lo cuenta. Puedo imaginar a una persona realizando un maravilloso acto de autosacrificio, haciéndolo de forma espontánea, temeraria, noble... y descubriendo después que cuesta demasiado. ¿Por qué iba a dudar ella entre su ruina y la mía?... ¡Qué extraño! Yo la habría deshonrado públicamente en mi propia casa. Ella acepta la deshonra pública en casa de otro para salvarme... Hay una amarga ironía en las cosas, una amarga ironía en la forma en que hablamos de mujeres buenas y malas... ¡Oh, qué lección! ¡Y qué lástima que en la vida solo aprendamos las lecciones cuando ya no nos sirven de nada! Porque aunque ella no hable, yo debo hacerlo. ¡Oh, la vergüenza, la vergüenza! Contarlo es volver a vivirlo todo. Las acciones son la primera tragedia de la vida, las palabras son la segunda. Quizás las palabras sean la peor. Las palabras son despiadadas... ¡Oh! [Se sobresalta al entrar LORD WINDERMERE.]

—LORD WINDERMERE. [La besa.] Margaret... ¡qué pálida pareces!

—LADY WINDERMERE. He dormido muy mal.

—LORD WINDERMERE. [Sentándose en el sofá con ella.] Lo siento mucho. Llegué tardísimo y no quise despertarte. Estás llorando, querida.

—LADY WINDERMERE. Sí, estoy llorando, porque tengo algo que decirte, Arthur.

—LORD WINDERMERE. Mi niña, no te encuentras bien. Has estado haciendo demasiado. Vámonos al campo. Estarás bien en Selby. La temporada casi ha terminado. No tiene sentido quedarse. ¡Pobre tesoro! Nos iremos hoy mismo, si quieres. [Se levanta.] Podemos coger fácilmente el tren de las 3:40. Enviaré un telegrama a Fannen. [Cruza y se sienta a la mesa para escribir un telegrama.]

—LADY WINDERMERE. Sí, vámonos hoy. No, no puedo irme hoy, Arthur. Hay alguien a quien debo ver antes de dejar la ciudad... alguien que ha sido amable conmigo.

—LORD WINDERMERE. [Levantándose e inclinándose sobre el sofá.] ¿Amable contigo?

—LADY WINDERMERE. Mucho más que eso. [Se levanta y va hacia él.] Te lo contaré, Arthur, pero ámame, ámame como solías amarme.

—LORD WINDERMERE. ¿Solías? No estarás pensando en esa desgraciada mujer que vino aquí anoche, ¿verdad? [Rodeándola y sentándose a la derecha de ella.] No seguirás imaginando... no, no podrías.

—LADY WINDERMERE. No. Ahora sé que me equivoqué y fui una necia.

—LORD WINDERMERE. Fue muy bueno por tu parte recibirla anoche... pero no volverás a verla jamás.

—LADY WINDERMERE. ¿Por qué dices eso? [Una pausa.]

—LORD WINDERMERE. [Sosteniendo su mano.] Margaret, yo creía que la señora Erlynne era una mujer más víctima del pecado que pecadora, como dice la frase. Pensé que quería ser buena, recuperar un lugar que había perdido por un momento de locura, llevar de nuevo una vida decente. Creí lo que me dijo... me equivoqué con ella. Es mala... tan mala como puede serlo una mujer.

—LADY WINDERMERE. Arthur, Arthur, no hables con tanta amargura de ninguna mujer. Ya no creo que la gente pueda dividirse en buenos y malos como si fueran dos razas o creaciones distintas. Las llamadas mujeres buenas pueden tener cosas terribles en su interior, arrebatos de locura, de temeridad, de afirmación, celos, pecado. Las mujeres malas, como se las llama, pueden albergar dolor, arrepentimiento, piedad, sacrificio. Y no creo que la señora Erlynne sea una mala mujer... sé que no lo es.

—LORD WINDERMERE. Mi niña, esa mujer es imposible. No importa el daño que intente hacernos, no debes volver a verla nunca. Es inadmisibile en cualquier parte.

—LADY WINDERMERE. Pero quiero verla. Quiero que venga aquí.

—LORD WINDERMERE. ¡Nunca!

—LADY WINDERMERE. Vino aquí una vez como invitada tuya. Debe venir ahora como invitada mía. Es lo justo.

—LORD WINDERMERE. Nunca debería haber venido aquí.

—LADY WINDERMERE. [Levantándose.] Es demasiado tarde, Arthur, para decir eso ahora. [Se aleja.]

—LORD WINDERMERE. [Levantándose.] Margaret, si supieras adónde fue la señora Erlynne anoche, después de salir de esta casa, no te sentarías en la misma habitación con ella. Fue absolutamente vergonzoso, todo el asunto.

—LADY WINDERMERE. Arthur, no puedo soportarlo más. Debo contártelo. Anoche...

[Entra PARKER con una bandeja sobre la que reposan el abanico de LADY WINDERMERE y una tarjeta.]

—PARKER. La señora Erlynne ha llamado para devolver el abanico de su señoría, que se llevó por error anoche. La señora Erlynne ha escrito un mensaje en la tarjeta.

—LADY WINDERMERE. Oh, pídale a la señora Erlynne que tenga la amabilidad de subir. [Lee la tarjeta.] Diga que estaré encantada de verla. [Sale PARKER.] Quiere verme, Arthur.

—LORD WINDERMERE. [Coge la tarjeta y la mira.] Margaret, te ruego que no lo hagas. Déjame verla a mí primero, en cualquier caso. Es una mujer muy peligrosa. Es la mujer más peligrosa que conozco. No te das cuenta de lo que estás haciendo.

—LADY WINDERMERE. Es justo que la vea.

—LORD WINDERMERE. Hija mía, puede que estés al borde de un gran dolor. No vayas a su encuentro. Es absolutamente necesario que yo la vea antes que tú.

—LADY WINDERMERE. ¿Por qué habría de ser necesario?

[Entra PARKER.]

—PARKER. La señora Erlynne.

[Entra la SRA. ERLYNNE.]

[Sale PARKER.]

—SRA. ERLYNNE. ¿Cómo está, Lady Windermere? [A LORD WINDERMERE.] ¿Cómo está usted? ¿Sabe, Lady Windermere?, siento muchísimo lo de su abanico. No me imagino cómo cometí un error tan tonto. De lo más estúpido por mi parte. Y como pasaba en coche cerca de aquí, pensé en aprovechar la oportunidad de devolverle su propiedad en persona con muchas disculpas por mi descuido, y de despedirme.

—LADY WINDERMERE. ¿Despedirse? [Se mueve hacia el sofá con la SRA. ERLYNNE y se sienta a su lado.] ¿Se marcha, entonces, señora Erlynne?

—SRA. ERLYNNE. Sí, voy a vivir de nuevo en el extranjero. El clima inglés no me sienta bien. Mi... corazón se ve afectado aquí, y eso no me gusta. Prefiero vivir en el sur. Londres está demasiado lleno de niebla y... de gente seria, Lord Windermere. No sé si la niebla produce a la gente seria o si la gente seria produce la niebla, pero todo el asunto me altera los nervios, así que me marché esta tarde en el Club Train.

—LADY WINDERMERE. ¿Esta tarde? Pero yo tenía tantas ganas de ir a verla.

—SRA. ERLYNNE. ¡Qué amable por su parte! Pero me temo que tengo que irme.

—LADY WINDERMERE. ¿No volveré a verla nunca, señora Erlynne?

—SRA. ERLYNNE. Me temo que no. Nuestras vidas están demasiado separadas. Pero hay una cosita que me gustaría que hiciera por mí. Quiero una fotografía suya, Lady Windermere... ¿me daría una? No sabe lo agradecida que le estaría.

—LADY WINDERMERE. Oh, con mucho gusto. Hay una en esa mesa. Se la enseñaré. [Cruza hacia la mesa.]

—LORD WINDERMERE. [Acercándose a la SRA. ERLYNNE y hablando en voz baja.] Es monstruoso que se presente aquí después de su conducta de anoche.

—SRA. ERLYNNE. [Con una sonrisa divertida.] Mi querido Windermere, ¡los modales antes que la moral!

—LADY WINDERMERE. [Regresando.] Me temo que es muy favorecedora... no soy tan guapa. [Mostrando la fotografía.]

—SRA. ERLYNNE. Es usted mucho más guapa. Pero, ¿no tiene una suya con su hijito?

—LADY WINDERMERE. Sí, tengo. ¿Preferiría una de esas?

—SRA. ERLYNNE. Sí.

—LADY WINDERMERE. Iré a buscarla, si me disculpa un momento. Tengo una arriba.

—SRA. ERLYNNE. Lo siento, Lady Windermere, por causarle tanta molestia.

—LADY WINDERMERE. [Se mueve hacia la puerta de la derecha.] Ninguna molestia, señora Erlynne.

—SRA. ERLYNNE. Muchísimas gracias.

[Sale LADY WINDERMERE por la derecha.]

—SRA. ERLYNNE. Parece usted de bastante mal humor esta mañana, Windermere. ¿Por qué habría de estarlo? Margaret y yo nos llevamos estupendamente.

—LORD WINDERMERE. No soporto verla con ella. Además, no me ha dicho la verdad, señora Erlynne.

—SRA. ERLYNNE. Querrá decir que no le he dicho la verdad a ella.

—LORD WINDERMERE. [De pie en el centro.] A veces desearía que lo hubiera hecho. Me habría ahorrado entonces la miseria, la ansiedad, el fastidio de los últimos seis meses. Pero antes de que mi esposa supiera... que la madre a la que le enseñaron a considerar muerta, la madre a la que ha llorado como muerta, está viva... una

mujer divorciada, que anda con un nombre falso, una mala mujer que depreda la vida, como sé ahora que es usted... antes que eso, estaba dispuesto a proporcionarle dinero para pagar factura tras factura, extravagancia tras extravagancia, a arriesgarme a lo que ocurrió ayer, la primera riña que he tenido con mi esposa. Usted no entiende lo que eso significa para mí. ¿Cómo podría? Pero le digo que las únicas palabras amargas que han salido de esos dulces labios suyos fueron por su culpa, y odio verla a su lado. Usted mancilla la inocencia que hay en ella. [Se mueve al centro izquierda.] Y pensar que yo creía que, con todos sus defectos, era usted franca y honesta. No lo es.

—SRA. ERLYNNE. ¿Por qué dice eso?

—LORD WINDERMERE. Me obligó a conseguirle una invitación para el baile de mi esposa.

—SRA. ERLYNNE. Para el baile de mi hija... sí.

—LORD WINDERMERE. Vino, y a la hora de abandonar la casa, la encuentran en los aposentos de un hombre... queda usted deshonrada ante todo el mundo. [Sube al fondo del escenario, al centro.]

—SRA. ERLYNNE. Sí.

—LORD WINDERMERE. [Volviéndose hacia ella.] Por lo tanto, tengo derecho a considerarla como lo que es: una mujer despreciable y viciosa. Tengo derecho a decirle que no vuelva a entrar en esta casa, que no intente acercarse a mi esposa...

—SRA. ERLYNNE. [Fríamente.] Querrá decir a mi hija.

—LORD WINDERMERE. No tiene derecho a reclamarla como su hija. La dejó, la abandonó cuando no era más que una niña en la cuna, la abandonó por su amante, que a su vez la abandonó a usted.

—SRA. ERLYNNE. [Levantándose.] ¿Y eso lo cuenta a su favor, Lord Windermere... o al mío?

—LORD WINDERMERE. Al suyo, ahora que la conozco.

—SRA. ERLYNNE. Tenga cuidado... más le vale tener cuidado.

—LORD WINDERMERE. Oh, no voy a andarme con rodeos con usted. La conozco a fondo.

—SRA. ERLYNNE. [Lo mira fijamente.] Eso lo pongo en duda.

—LORD WINDERMERE. Sí que la conozco. Durante veinte años de su vida vivió sin su hija, sin pensar en su hija. Un día leyó en los periódicos que se había casado con un hombre rico. Vio su horrible oportunidad. Sabía que para ahorrarle a ella la ignominia de saber que una mujer como usted era su madre, yo soportaría cualquier cosa. Empezó usted su chantaje.

—SRA. ERLYNNE. [Encogiéndose de hombros.] No use palabras feas, Windermere. Son vulgares. Vi mi oportunidad, es cierto, y la aproveché.

—LORD WINDERMERE. Sí, la aproveché... y lo echó todo a perder anoche al ser descubierta.

—SRA. ERLYNNE. [Con una extraña sonrisa.] Tiene toda la razón, lo eché todo a perder anoche.

—LORD WINDERMERE. Y en cuanto a su torpeza de coger el abanico de mi esposa de aquí y luego dejarlo en los aposentos de Darlington, es imperdonable. No soporto verlo ahora. Nunca dejaré que mi esposa lo use de nuevo. El objeto está manchado para mí. Debería habérselo quedado y no haberlo traído.

—SRA. ERLYNNE. Creo que me lo quedaré. [Se levanta.] Es extremadamente bonito. [Coge el abanico.] Le pediré a Margaret que me lo regale.

—LORD WINDERMERE. Espero que mi esposa se lo dé.

—SRA. ERLYNNE. Oh, estoy segura de que no tendrá ninguna objeción.

—LORD WINDERMERE. Desearía que, al mismo tiempo, le diera un retrato en miniatura que ella besa cada noche antes de rezar... Es

el retrato de una joven de aspecto inocente con un hermoso cabello oscuro.

—SRA. ERLYNNE. Ah, sí, lo recuerdo. ¡Qué lejano parece todo aquello! [Va al sofá y se sienta.] Me lo hicieron antes de casarme. ¡El pelo oscuro y una expresión inocente estaban de moda entonces, Windermere! [Una pausa.]

—LORD WINDERMEPE. ¿Qué pretende viniendo aquí esta mañana? ¿Cuál es su objetivo? [Cruzando al centro izquierda y sentándose.]

—SRA. ERLYNNE. [Con un tono de ironía en su voz.] Despedirme de mi querida hija, por supuesto. [LORD WINDERMERE se muerde el labio inferior de rabia. La SRA. ERLYNNE lo mira, y su voz y sus modales se vuelven serios. En su acento, mientras habla, hay una nota de profunda tragedia. Por un momento, se revela.] Oh, no se imagine que voy a tener una escena patética con ella, llorar en su cuello y decirle quién soy, y todo ese tipo de cosas. No tengo ninguna ambición de interpretar el papel de madre. Solo una vez en mi vida he conocido los sentimientos de una madre. Fue anoche. Fueron terribles... me hicieron sufrir... me hicieron sufrir demasiado. Durante veinte años, como usted dice, he vivido sin hijos... quiero seguir viviendo sin hijos. [Ocultando sus sentimientos con una risa trivial.] Además, mi querido Windermere, ¿cómo demonios podría yo pasar por madre con una hija ya crecida? Margaret tiene veintiún años, y yo nunca he admitido tener más de veintinueve, o treinta como mucho. Veintinueve cuando hay pantallas de lámpara rosas, treinta cuando no las hay. Así que ya ve las dificultades que implicaría. No, por lo que a mí respecta, deje que su esposa aprecie el recuerdo de esta madre muerta e inmaculada. ¿Por qué debería yo interferir en sus ilusiones? Ya me cuesta bastante mantener las mías. Anoche perdí una ilusión. Creía que no tenía corazón. Descubro que lo tengo, y un corazón no me sienta bien, Windermere. De algún modo no va con los vestidos modernos. Hace que una parezca mayor. [Coge un espejo de mano de la mesa y se mira.] Y arruina la carrera de una en momentos críticos.

—LORD WINDERMERE. Me llena de horror... de absoluto horror.

—SRA. ERLYNNE. [Levantándose.] Supongo, Windermere, que le gustaría que me retirara a un convento, o me hiciera enfermera de hospital, o algo por el estilo, como hace la gente en las novelas modernas tontas. Eso es estúpido por su parte, Arthur; en la vida real no hacemos esas cosas... no mientras nos quede algo de belleza, en todo caso. No... lo que consuela a una hoy en día no es el arrepentimiento, sino el placer. El arrepentimiento está completamente pasado de moda. Y además, si una mujer se arrepiente de verdad, tiene que ir a una mala modista, de lo contrario nadie la cree. Y nada en el mundo me induciría a hacer eso. No, voy a desaparecer por completo de sus vidas. Mi llegada a ellas ha sido un error... lo descubrí anoche.

—LORD WINDERMERE. Un error fatal.

—SRA. ERLYNNE. [Sonriendo.] Casi fatal.

—LORD WINDERMERE. Ahora lamento no haberle contado todo a mi esposa desde el principio.

—SRA. ERLYNNE. Yo lamento mis malas acciones. Usted lamenta las buenas... esa es la diferencia entre nosotros.

—LORD WINDERMERE. No confío en usted. Se lo diré a mi esposa. Es mejor que lo sepa, y por mí. Le causará un dolor infinito... la humillará terriblemente, pero es justo que lo sepa.

—SRA. ERLYNNE. ¿Propone contárselo?

—LORD WINDERMERE. Voy a contárselo.

—SRA. ERLYNNE. [Acercándose a él.] Si lo hace, haré mi nombre tan infame que empañará cada momento de su vida. La arruinará y la hará desdichada. Si se atreve a decírselo, no habrá nivel de degradación al que no descienda, no habrá pozo de vergüenza en el que no entre. No se lo dirá... se lo prohíbo.

—LORD WINDERMERE. ¿Por qué?

—SRA. ERLYNNE. [Tras una pausa.] Si le dijera que me importa, que quizás incluso la amo... se burlaría de mí, ¿no es así?

—LORD WINDERMERE. Sentiría que no es verdad. El amor de una madre significa devoción, generosidad, sacrificio. ¿Qué podría saber usted de tales cosas?

—SRA. ERLYNNE. Tiene razón. ¿Qué podría saber yo de tales cosas? No hablemos más de ello... en cuanto a decirle a mi hija quién soy, eso no lo permito. Es mi secreto, no el suyo. Si decido decírselo, y creo que lo haré, se lo diré antes de irme de la casa... si no, no se lo diré nunca.

—LORD WINDERMERE. [Enfadado.] Entonces, permítame rogarle que abandone nuestra casa de inmediato. Yo le presentaré sus excusas a Margaret.

[Entra LADY WINDERMERE por la derecha. Se acerca a la SRA. ERLYNNE con la fotografía en la mano. LORD WINDERMERE se mueve detrás del sofá y observa ansiosamente a la SRA. ERLYNNE mientras avanza la escena.]

—LADY WINDERMERE. Siento mucho, señora Erlynne, haberla hecho esperar. No encontraba la fotografía por ninguna parte. Al final la descubrí en el vestidor de mi marido... la había robado.

—SRA. ERLYNNE. [Coge la fotografía de su mano y la mira.] No me sorprende... es encantadora. [Va al sofá con LADY WINDERMERE y se sienta a su lado. Mira de nuevo la fotografía.] ¡Y ese es su hijito! ¿Cómo se llama?

—LADY WINDERMERE. Gerard, como mi querido padre.

—SRA. ERLYNNE. [Dejando la fotografía.] ¿De verdad?

—LADY WINDERMERE. Sí. Si hubiera sido una niña, la habría llamado como mi madre. Mi madre tenía el mismo nombre que yo, Margaret.

—SRA. ERLYNNE. Mi nombre también es Margaret.

—LADY WINDERMERE. ¡Vaya!

—SRA. ERLYNNE. Sí. [Pausa.] Siente usted una gran devoción por la memoria de su madre, Lady Windermere, según me dice su marido.

—LADY WINDERMERE. Todos tenemos ideales en la vida. O al menos todos deberíamos tenerlos. El mío es mi madre.

—SRA. ERLYNNE. Los ideales son cosas peligrosas. Las realidades son mejores. Hieren, pero son mejores.

—LADY WINDERMERE. [Negando con la cabeza.] Si perdiera mis ideales, lo perdería todo.

—SRA. ERLYNNE. ¿Todo?

—LADY WINDERMERE. Sí. [Pausa.]

—SRA. ERLYNNE. ¿Su padre le hablaba a menudo de su madre?

—LADY WINDERMERE. No, le causaba demasiado dolor. Me contó que mi madre había muerto pocos meses después de que yo naciera. Se le llenaban los ojos de lágrimas al hablar. Luego me rogó que no volviera a mencionarle su nombre. Le hacía sufrir incluso oírlo. Mi padre... mi padre murió realmente de pena. La suya es la vida más arruinada que conozco.

—SRA. ERLYNNE. [Levantándose.] Me temo que debo irme ya, Lady Windermere.

—LADY WINDERMERE. [Levantándose.] Oh no, no se vaya.

—SRA. ERLYNNE. Creo que será mejor. Mi carruaje ya debe de haber vuelto. Lo envié a casa de Lady Jedburgh con una nota.

—LADY WINDERMERE. Arthur, ¿te importaría ver si ha vuelto el carruaje de la señora Erlynne?

—SRA. ERLYNNE. Por favor, no se moleste, Lord Windermere.

—LADY WINDERMERE. Sí, Arthur, ve, por favor.

[LORD WINDERMERE duda un momento y mira a la SRA. ERLYNNE. Ella permanece impassible. Él sale de la habitación.]

—LADY WINDERMERE. [A la SRA. ERLYNNE.] ¡Oh! ¿Qué puedo decirle? ¿Usted me salvó anoche? [Se acerca a ella.]

—SRA. ERLYNNE. Chist... no hable de ello.

—LADY WINDERMERE. Debo hablar de ello. No puedo permitir que piense que voy a aceptar este sacrificio. No lo haré. Es demasiado grande. Voy a contárselo todo a mi marido. Es mi deber.

—SRA. ERLYNNE. No es su deber... al menos tiene deberes para con otros además de él. ¿Dice que me debe algo?

—LADY WINDERMERE. Se lo debo todo.

—SRA. ERLYNNE. Entonces pague su deuda con silencio. Es la única forma en que puede pagarse. No estropee lo único bueno que he hecho en mi vida contándoselo a nadie. Prométame que lo que pasó anoche quedará en secreto entre nosotras. No debe traer la desdicha a la vida de su marido. ¿Por qué arruinar su amor? No debe arruinarlo. El amor se mata fácilmente. ¡Oh, qué fácilmente se mata el amor! Deme su palabra, Lady Windermere, de que nunca se lo dirá. Insisto en ello.

—LADY WINDERMERE. [Con la cabeza inclinada.] Es su voluntad, no la mía.

—SRA. ERLYNNE. Sí, es mi voluntad. Y nunca olvide a su hijo... me gusta pensar en usted como una madre. Me gusta que usted se vea como tal.

—LADY WINDERMERE. [Levantando la vista.] Siempre lo haré ahora. Solo una vez en mi vida he olvidado a mi propia madre... fue anoche. Oh, si la hubiera recordado, no habría sido tan necia, tan malvada.

—SRA. ERLYNNE. [Con un ligero estremecimiento.] Chist, lo de anoche ha pasado por completo.

[Entra LORD WINDERMERE.]

—LORD WINDERMERE. Su carruaje aún no ha vuelto, señora Erlynne.

—SRA. ERLYNNE. No importa. Cogeré un coche de punto. No hay nada en el mundo tan respetable como un buen Shrewsbury and Talbot. Y ahora, querida Lady Windermere, me temo que es realmente el adiós. [Sube al centro.] Oh, recuerdo. Pensaré que soy absurda, pero ¿sabe que le he cogido un gran cariño a este abanico con el que tuve la tontería de escaparme anoche de su baile? Y me pregunto si me lo regalaría. Lord Windermere dice que puedo. Sé que es un regalo suyo.

—LADY WINDERMERE. Oh, por supuesto, si le causa algún placer. Pero lleva mi nombre. Lleva «Margaret» escrito.

—SRA. ERLYNNE. Pero tenemos el mismo nombre de pila.

—LADY WINDERMERE. Oh, lo había olvidado. Por supuesto, quédesele. ¡Qué maravillosa casualidad que nuestros nombres sean el mismo!

—SRA. ERLYNNE. Realmente maravillosa. Gracias... siempre me la recordará. [Le estrecha la mano.]

[Entra PARKER.]

—PARKER. Lord Augustus Lorton. El carruaje de la señora Erlynne ha llegado.

[Entra LORD AUGUSTUS.]

—LORD AUGUSTUS. Buenos días, muchacho. Buenos días, Lady Windermere. [Ve a la SRA. ERLYNNE.] ¡Señora Erlynne!

—SRA. ERLYNNE. ¿Cómo está, Lord Augustus? ¿Se encuentra usted bien esta mañana?

—LORD AUGUSTUS. [Fríamente.] Muy bien, gracias, señora Erlynne.

—SRA. ERLYNNE. No parece usted nada bien, Lord Augustus. Se acuesta demasiado tarde... es muy malo para usted. Debería cuidarse más. Adiós, Lord Windermere. [Se dirige hacia la puerta con una reverencia a LORD AUGUSTUS. De repente sonrío y lo mira.]

¡Lord Augustus! ¿No me acompañará hasta mi carruaje? Podría llevar el abanico.

—LORD WINDERMERE. ¡Permítame!

—SRA. ERLYNNE. No, quiero a Lord Augustus. Tengo un mensaje especial para la querida duquesa. ¿No quiere llevar el abanico, Lord Augustus?

—LORD AUGUSTUS. Si de verdad lo desea, señora Erlynne.

—SRA. ERLYNNE. [Riendo.] Por supuesto que sí. Lo llevará con tanta gracia. Usted se llevaría cualquier cosa con gracia, mi querido Lord Augustus.

[Cuando llega a la puerta, se vuelve a mirar por un momento a LADY WINDERMERE. Sus miradas se encuentran. Luego se gira y sale por el centro, seguida por LORD AUGUSTUS.]

—LADY WINDERMERE. No volverás a hablar en contra de la señora Erlynne, Arthur, ¿verdad?

—LORD WINDERMERE. [Gravemente.] Es mejor de lo que uno pensaba.

—LADY WINDERMERE. Es mejor que yo.

—LORD WINDERMERE. [Sonriendo mientras le acaricia el pelo.] Niña, tú y ella pertenecéis a mundos diferentes. En tu mundo, el mal nunca ha entrado.

—LADY WINDERMERE. No digas eso, Arthur. Hay un mismo mundo para todos nosotros, y el bien y el mal, el pecado y la inocencia, lo recorren de la mano. Cerrar los ojos a la mitad de la vida para poder vivir segura es como si una se cegara a sí misma para poder caminar con más seguridad en una tierra de fosos y precipicios.

—LORD WINDERMERE. [Baja con ella.] Tesoro, ¿por qué dices eso?

—LADY WINDERMERE. [Se sienta en el sofá.] Porque yo, que había cerrado los ojos a la vida, llegué al borde. Y alguien que nos

había separado...

—LORD WINDERMERE. Nunca estuvimos separados.

—LADY WINDERMERE. No debemos volver a estarlo nunca más. Oh, Arthur, no me ames menos, y yo confiaré más en ti. Confiaré en ti absolutamente. Vayamos a Selby. En la rosaeda de Selby las rosas son blancas y rojas.

[Entra LORD AUGUSTUS por el centro.]

—LORD AUGUSTUS. ¡Arthur, lo ha explicado todo!

[LADY WINDERMERE parece horriblemente asustada ante esto. LORD WINDERMERE se sobresalta. LORD AUGUSTUS coge a WINDERMERE por el brazo y lo lleva al frente del escenario. Habla rápidamente y en voz baja. LADY WINDERMERE los observa aterrorizada.]

—LORD AUGUSTUS. Mi querido amigo, lo ha explicado todo, condenadamente todo. Todos nos equivocamos inmensamente con ella. Fue enteramente por mí que fue a los aposentos de Darlington. Pasó primero por el club... el caso es que quería sacarme de la duda... y al ser informada de que yo me había ido... me siguió... naturalmente se asustó cuando oyó que entrábamos un montón de nosotros... se retiró a otra habitación... te aseguro, de lo más halagador para mí, todo el asunto. Todos nos comportamos brutalmente con ella. Es la mujer perfecta para mí. Me va como anillo al dedo. Todas las condiciones que pone son que vivamos enteramente fuera de Inglaterra. Algo muy bueno, también. ¡Condenados clubs, condenado clima, condenados cocineros, todo condenado! ¡Harto de todo!

—LADY WINDERMERE. [Asustada.] ¿La señora Erlynne ha...?

—LORD AUGUSTUS. [Avanzando hacia ella con una profunda reverencia.] Sí, Lady Windermere... la señora Erlynne me ha hecho el honor de aceptar mi mano.

—LORD WINDERMERE. Bueno, ¡ciertamente te casas con una mujer muy inteligente!

—LADY WINDERMERE. [Tomando la mano de su marido.] ¡Ah, te
casas con una mujer muy buena!

TELÓN

FIN

1. [El abanico de Lady Windermere - Oscar Wilde](#)
2. [LOS PERSONAJES DE LA OBRA](#)
3. [LAS ESCENAS DE LA OBRA](#)
4. [LONDRES: ST. JAMES'S THEATRE](#)
5. [Acto I](#)
6. [Acto II](#)
7. [Acto III](#)
8. [Acto IV](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB